

UN MUNDO EN TINIEBLAS

Alf Regaldie

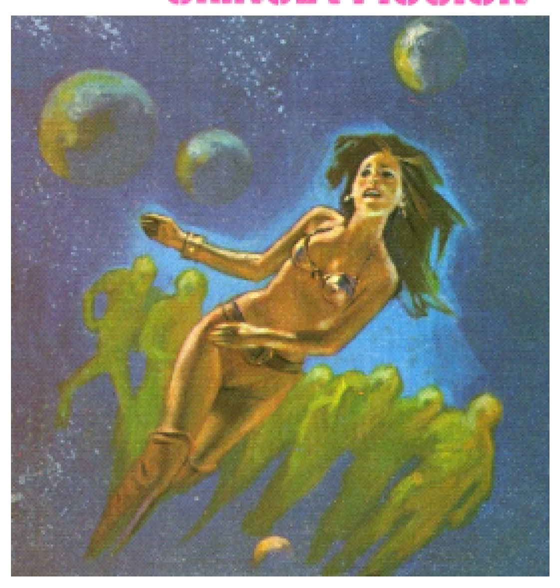
CIENCIA FICCION



UN MUNDO EN TINIEBLAS

Alf Regaldie

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

371. Zona Misericordia. *Ray Lester*.

372. Secuestro de una ciudad espacial. *Clark Carrados.*

373. Un minuto en la cuarta dimensión. *Ralph Barby,*

374. Base secreta. *A. Thorkent.*

375. Cementerio volante. *Kelltom Mclntire.*

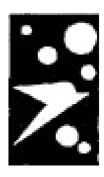
ALF REGALDIE

UN MUNDO EN TINIEBLAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 376

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS - MEXICO

ÍSBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.951 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Robert Boulder examinó detenidamente aquella especie de complicado «salpicadero» que tenía ante él.

Todo estaba en orden. Ni la más mínima señal de alarma, ni el menor incidente que les distrajese la monotonía del largo viaje de exploración sideral.

La astronave «Sid-EX 2013» de la cual era jefe, se deslizaba suavemente a una velocidad que solamente cuarenta años antes se habría considerado imposible.

Boulder se puso en pie y cambió una mirada de entendimiento con Mike Young, su segundo, el cual había terminado una partida de ajedrez con Mark Singer, el especialista en el modernísimo armamento basado en desintegradores y «rayos de la muerte».

Young, tras el «jaque mate», se disculpó con Singer y fue a reunirse con Boulder.

—¿Te haces cargo...? —comenzó a preguntar éste.

—Con mucho gusto. Debí haber venido hace unos minutos, pero quería «acogotar» a Singer. Se cree el mejor... —dijo Young.

Rieron ambos jóvenes mientras Singer proseguía estudiando cómo se había podido producir el «jaque mate» en la partida.

Movió Singer la cabeza en sentido negativo y la risa de sus compañeros de viaje fue en aumento.

Tomó asiento Young ante el tablero de mandos. Y dijo:

—Antes debía ser más divertido, ¿no? —preguntó.

—Casi seguro. Aunque yo jamás llegué a pilotar uno de aquellos aparatos convencionales. Si te refieres a la heroica aviación del pasado.

—A ella me refería. Eres tan veterano que en ocasiones me olvido de que apenas si tienes un par de años más que yo...

—Sí, debía ser más divertido y -tendría un sentido más deportivo... La perfección técnica nos va arrebatando muchos de los alicientes de que el hombre disponía antaño —respondió Boulder.

Palmeó la espalda de Young y se encaminó hacia la pequeña sala de proyección de que disponía la «Sid-EX 2013», abreviatura de «Explorador Sideral n.° 2013».

En la sala de proyección solamente dos miembros de la tripulación: Elsa Patton, oficial encargado de reconocimiento con sus correspondientes filmación y fotografía.

Y Lil Marone, joven doctora en medicina, encargada de la salud de sus compañeros de expedición y de realizar estudios de su especialidad en los lugares a donde la «Sid-EX 2013» les llevase.

Ambas jóvenes alzaron la vista al ver entrar en la sala a Boulder. Sonrieron amigablemente y Elsa se cambió de asiento, dejando uno libre entre ella y Lil.

—Siéntate aquí, comandante. Nos darás un poco de calor humano…

—¿Es que no lo tenéis vosotras? —preguntó en broma el joven comandante.

—He dicho calor humano y debería haber dicho calor varonil —corrigió Elsa, provocando la risa de Lil con su aclaración.

—¿Echas de menos a tu amor?

—No he dejado ningún amor en ningún lugar, si es a eso a lo que te refieres. En ese aspecto de la vida soy una independiente —subrayó Elsa en tono humorístico.

Boulder, que tomó asiento entre las dos jóvenes, dirigió su mirada a la proyección.

Y preguntó:

—¿Echáis de menos a la Tierra?

—Echamos de menos la vida. Aquí se vegeta, pero en seco —replicó con viveza la misma Elsa.

Boulder, sin dejar de mirar la proyección de un viejo documental sobre la vida en una de las islas del Pacífico, dijo:

—Si los cálculos realizados no son erróneos, no tardaremos mucho tiempo en entrar en contacto con Monder II…

—¿Por qué Monder II? —preguntó la joven doctora Lil,

—Porque sus características son muy semejantes a las de Monder I, descubierto por «Sid-EX 2008».

—¿Hace cinco años terrestres?

—Aproximadamente...

—¿Y qué nos espera allí? —preguntó Lil.

—Ahí está en parte el interés de nuestra misión. Nos espera lo desconocido, que puede ser igual o semejante a lo conocido. Y que también puede ser totalmente diferente. ..

—¿Como por ejemplo...?

—¿Cómo quieres que ponga ejemplos de lo desconocido, joven doctora? Pon en juego tu imaginación —replicó Boulder en tono de humor.

—¿Tú qué dices? —preguntó Lil a Elsa.

La interrogada señaló un gesto de indiferencia y respondió:

—Para mí, hasta lo conocido es siempre nuevo. La novedad está en la forma en que lo mires o lo interpretes...

—¿Como en el amor? —preguntó Lil.

—Exactamente, como en el amor. Siempre es igual y siempre nuevo, diferente...

Fueron interrumpidos por una serie de señales luminosas que se repitieron en todos los compartimientos de la astronave.

Señales conocidas, pero que fue Boulder quien interpretó de viva voz, diciendo:

—Nuestros detectores de larga distancia han localizado ya la masa planetaria registrada en el programa.

Los tres terrestres siguieron con expresión de ansiedad las diversas señales que se fueron sucediendo a continuación.

—Corrigen la .dirección de, nuestra astronave —señaló la linda doctora: Marone.

—Sí, una leve corrección. Lo cual puede significar que el «Monder II» se desplaza a menor velocidad de la prevista.

—Y que su volumen y peso son ligeramente superiores a los datos que nos ofrecieron los estudios realizados.

Cambió Elsa una mirada de inteligencia con Lil, aprobó ésta con el gesto y la primera interrumpió la proyección a la vez que decía:

—¿Quién sabe? Tal vez en «Monder II» nos esperan unas islas más atractivas que las que estábamos viendo en la proyección...

—¿Piensas que «Monder II» estará habitado?

—«Monder I» lo está. Y éste tiene unas características semejantes. Por otra parte, hablaba de islas, no de habitantes —contestó Elsa con gesto que reflejaba picardía.

—¿Por qué os atrae tanto el hombre exótico, el no terrestre? —preguntó Boulder.

—No he hablado de que desease encontrar hombres en «Monder II» —replicó Lil.

Elsa, por su parte, respondió:

—Esa pregunta te la puedes responder tú mismo haciéndote otra: ¿Por qué os atraen tanto las mujeres que encontráis fuera de la Tierra, en lugares exóticos?

—Esa pregunta es una buena respuesta —admitió Boulder.

Lil preguntó a Boulder:

—¿Es cierto que en una de tus estancias en la Tierra encontraste una mujer vampiro?

—Rigurosamente cierto Y no pienses que fue en Transilvania. Fue en Sudáfrica.

—¿De color?

—Blanca y rubia. Descendía de una familia finesa. Parece que no era el primer caso en la familia.

La doctora Marone dijo entonces:

—Parece que se trata de una enfermedad hereditaria: La hematodixia. Se ha estudiado bastante sobre ella, pero se sabe muy poco. La enfermedad, según los estudios realizados, se debe a una malformación genética.

Iba a preguntar Elsa a Boulder sobre su experiencia con la vampiro sudafricana, cuando en toda la astronave se produjeron señales luminosas de vivo tono rojo.

—Peligro —anunció Boulder.

Dejó a sus dos jóvenes compañeras de viaje, desplazándose en dirección a la sala de mandos.

Mark Singer se había apresurado a dejar el tablero de ajedrez que había estado estudiando hasta el momento.

Y fue a ocupar su sitio, tomando la dirección de los diversos tipos de ondas y energías que se empleaban en la lucha, tanto para la defensa como para el ataque.

Una vez en su sitio, se ocupó de saber si el resto de los tripulantes se hallaban en los lugares correspondientes.

Singer por una parte, Mike Young por otra, supieron inmediatamente que todo el personal de la «Sid-EX 2013» se hallaba cada cual en su puesto.

Se señaló al poco el segundo estado de alarma y Singer, previa consulta con Young, tendió una barrera de ondas protectoras.

Y muy poco después en una de las pantallas aparecían las siluetas de tres astronaves.

Dos de ellas tenían forma de huso, mientras que la tercera era una especie de gigantesco disco volante.

Avanzaban en correcta formación.

En la misma pantalla se detectaron ciertos destellos que se produjeron cerca de las dos astronaves que avanzaban en vanguardia.

Se detectaron en la misma pantalla sendos torpedos aéreos teledirigidos.

Y Mark Singer ordenó el disparo de dos contratorpedos que buscaban el blanco automáticamente.

En las correspondientes pantallas se siguió la marcha de los contratorpedos por un sitio, y de los torpedos enemigos por el otro.

Y se pudo apreciar como la marcha de los contratorpedos describía en su avance una ligera curva.

Al fin, en la misma pantalla, aparecieron unos y otros, aproximándose inexorablemente.

Se producía todo en márgenes de tiempo escasos, pero que en las pantallas parecían largos por la longitud de los desplazamientos.

Y al fin se produjo el doble choque y con ello la doble explosión.

Las tres astronaves enemigas se acercaban a sorprendente velocidad, acortando distancias con la «Sid-EX 2013».

Y tras el fracaso de sus torpedos, lanzaron emisiones de ondas explosivas, algo que podía ser semejante a los rayos desintegradores de que disponía la nave exploradora de los terrestres.

Las ondas explosivas enemigas entraron en contacto con la barrera de ondas protectoras.

El choque fue lo bastante duro como para que la aeronave sideral de los terrestres experimentara una serie de sacudidas pese a la acción automática de los estabilizadores giroscópicos.

A una orden de Boulder, Mark Singer hizo entrar en acción algunas de las armas de ataque de que disponía la «Sid-EX 2013».

Y en un lapso relativamente breve de tiempo, tanto el gran disco volante como las otras dos aeronaves en forma de huso, quedaron desintegradas en el espacio no sin producir violentos destellos al hacer explosión.

Se proseguía el avance que les iba acercando al «Monder II».

Mike Young comentó:

—Vaya recibimiento que nos hacen…

Entraban en pantalla nuevas astronaves de las dos formas ya conocidas por los terrestres, y de diversos tamaños.

Y se percibieron asimismo en las pantallas de observación que

en torno a las astronaves se producían fuertes explosiones.

Algunas de las astronaves hacían explosión en el espacio mientras otras, tocadas, daban la sensación de que perdían la capacidad de ser dirigidas y se alejaban en vuelo irregular, como grandes aves que hubiesen resultado heridas.

De improviso entraban en una zona de acción de una determinada fuerza y éstas las absorbía, haciéndolas descender con una velocidad que tenía algo de asustante.

A medida que entraban en pantalla algunas de las acciones que se estaban produciendo cerca de «Monder II», y tras una detenida observación, dijo Boulder:

—Tengo la impresión de que ese «cálido» recibimiento no nos lo han hecho las astronaves de «Monder II», sino fuerzas de otro planeta que les están atacando a ellos.

Elsa, que realizaba su trabajo de filmación sin perderse en detalles, sino tomando como basé la acción general, dijo a su vez:

—Pienso que estás en lo cierto. Los de «Monder II» están defendiéndose con armas que radican en su suelo. Y las astronaves que nos han atacado forman parte de una fuerza de ataque, tal vez de invasión.

—Eso es lo mismo que pienso… —dijo Boulder.

Había entrado en pantalla el propio planeta «Monder II».

Y la aeronave sideral de los terrestres hubo de hacer frente a un ataque, prácticamente en masa, de una serie de astronaves de menos tamaño, pero que se lanzaron contra ellos desde diversas direcciones, poniendo a prueba no ya su capacidad ofensiva, sino la defensiva.

Se produjeron sin interrupción las sacudidas a causa de las explosiones que se sucedían al choque de los proyectiles y las energías de los atacantes contra las barreras de ondas protectoras.

Y Mark Singer desde su puesto fue siguiendo las órdenes de Boulder en cuanto se refería a la entrada en juego de sus armas ofensivas.

En breve espacio de tiempo fueron desintegradas en el espacio

una serie de las agresivas aeronaves, tanto las que tenían forma de disco corno las que tenían forma de huso.

Y las restantes no tardaron en huir, teniendo que esquivar a su vez el efecto de las armas defensivas que ponían en acción desde «Monder II», el planeta al cual iban a acercarse los terrestres.

CAPITULO II

Boulder se dio cuenta de que sucedía algo anormal entre los aparatos que huían: Al llegar a determinado lugar parecían ser absorbidos por una poderosa corriente que los arrastraba hasta el planeta «Monder II».

Algunos de los aparatos lograron huir esquivando la poderosa fuerza de atracción; pero otros fueron víctimas de ella.

Cambió impresiones Boulder con Singer y éste dijo:

—Lanzaré ondas de rastreo, a ver qué clase de fenómeno es ése. No creo que sea natural.

—Ni yo tampoco...

Mike Young dijo por su parte:

—Parece que nos encontramos ante una civilización que en bastantes aspectos debe correr pareja con la nuestra.

Elsa Patton, que daba muestras de preocupación en su rostro, asintió. La atractiva pelirroja cuidaba de dirigir los encuadres para toma del filme de estudio que estaba realizando.

Singer, tras hacer su experimento de lanzamiento de ondas de rastreo, fue leyendo en una pantalla especial lo que el receptor iba señalando.

Y a poco comunicaba a Boulder:

—Se trata., de una fuerza de atracción no natural, sino producida por emisiones de energía desde la superficie del planeta. Hemos de cuidar de evitar esta especie de chorro de absorción si no queremos vernos arrastrados por él.

—Lo evitaremos... Vamos a entrar en contacto con «Monder II», pero lo haremos en el lugar que decidamos nosotros, no en el que decidan ellos.

Las ondas de rastreo señalaron de forma clara el lugar en donde se producía lo que se podía llamar corriente de absorción, cuja energía formaba una especie de embudo que no cesaba de girar con fuerza centrípeta.

Eludieron los de la «Sid-EX 2U13» la poderosa fuerza, aunque llegaron a experimentar los efectos límites de la misma.

Desde la superficie del planeta les habían perseguido a la vez con torpedos aéreos y con descargas de energía, pero que fueron debidamente neutralizadas por las defensas de la astronave terrestre.

Volando de Occidente a Oriente una vez entraron en las capas atmosféricas del planeta, llegaban al hemisferio en que era ya de día.

Había cesado toda actividad enemiga, no percibiéndose en la astronave terrestre ni ataques con emisiones de rayos ni con proyectiles antiaéreos.

Singer comunicó a Boulder:

—Estamos agotando las baterías que producen las ondas de protección.

—Corta la emisión. Parece que la tranquilidad es absoluta por ahí abajo…

—¿Y si nos sorprenden con un ataque?

—Hay que correr ese riesgo. Por otra parte, debes tener dispuesta la respuesta adecuada para destrozarlos al menor síntoma de violencia.

—Tú mandas, comandante.

Estaban ya a unos cinco mil metros sobre la superficie de «Monder II» cuando la pelirroja Elsa dijo dirigiéndose a Boulder:

—¡Eh, mira! Tenemos un precioso mar debajo de nosotros. Y bellas islas que me recuerdan un poco nuestras islas tropicales del Pacífico.

—Algo semejante a lo que estabais proyectando cuando se produjo la alarma, ¿no?

—Exactamente.

—¿Te gustaría que descendiésemos en una de ellas.

—Estoy segura de que no quieres descender en una isla, sino en un continente. Así es que sobra tu pregunta.

—De acuerdo. Podemos hacerlo en un continente, pero cerca de alguna isla encantadora. Poseemos medios para llegar luego a cualquiera de ellas.

—Seguro que sí…

—Una isla en la cual se pueda vivir con entera libertad, lejos de todo convencionalismo —dijo Boulder en tono de broma.

—Para ponerte tierno, ¿verdad? Pues de momento, no.

—De acuerdo. Si no quieres venir, iré yo solo. Espero encontrar lindas indígenas.

—Sí, lindas indígenas que te recibirán con collares de flores. O apolíneos salvajes que te reciban con flechas envenenadas…

—Su civilización debe estar a la altura de la nuestra, como poco…

—En la zona por donde entramos en contacto con ellos, sí; pero, ¿estás seguro de que sucede lo mismo en este hemisferio? Todavía no nos han dirigido la más mínima emisión de rayos de la muerte, ni ningún torpedo…

—Tal vez esta región esté habitada por *hippies* y en lugar de la guerra querrán hacer el amor —bromeó Boulder.

Les interrumpió Lil para decir:

—En broma en broma, pero siempre estáis como el perro y el gato. Así comenzó una prima mía con uno de sus jefes inmediatos y ahora tienen ya cinco hijos…

Rieron los tres por el tono en que Lil había hablado.

La doctora, sin dar tiempo a que le respondiesen, comenzó la lectura de los datos que sobre la atmósfera de «Monder II» había ido tomando con relación al medio ambiente que ellos necesitaban para el desarrollo normal de sus actividades.

Y resumió:

—Mientras hagamos nuestra vida a alturas que no excedan de los diez metros por encima del nivel del mar, nos desenvolveremos bien. Cuando vayamos a alturas superiores a las que he señalado, necesitaremos unas tomas de oxigeno que dosificaré en cada caso

teniendo en cuenta el peso del individuo y los lugares a que se desplace.

Lo dijo en tono que no admitía réplica. Y Boulder sabía bien que lo haría cumplir de manera estricta.

—No quiero enfermos en nuestra expedición. Mi lema de siempre está claro: «Más vale prevenir...

—…Que curar...» —-dijeron Elsa y Boulder a coro, en tono en que se burlaban donosamente de la doctora.

—Comandante. No da usted ejemplo de cordura —criticó la linda Lil.

Lo hizo sin acritud, pero sí con la firmeza de que era capaz.

Y prosiguió:

—En principio, una vez saltemos al suelo nos encontraremos con que nuestros movimientos requerirán un mayor esfuerzo. Nos costará bastante trabajo andar y más aún saltar. Pero nos adaptaremos pronto.

—Y en caso de que nos cueste adaptarnos tomaremos alguna ración suplementaria de oxígeno. ¿O no? —preguntó Elsa.

—Justamente. A menos que prefieras tomar brandy...

Sabía que para Elsa las bebidas alcohólicas eran como si le nombrasen el aceite de ricino. Y ambas jóvenes rieron jovialmente.

—De acuerdo. ¿Qué sucederá si me zambullo en el mar? —preguntó Elsa.

—Es casi seguro que te mojarás.

—¿Casi seguro? '

—Sí; porque como a veces eres así de original podría darte por zambullirte con un traje impermeable. Y entonces no habría remojón.

Volvieron a reír jovialmente.

Mike Young pidió instrucciones a Boulder con relación al lugar en donde quería que tomasen contacto con el suelo del planeta.

Y el joven comandante de la aeronave se disculpó con las dos jóvenes para ir a dirigir la maniobra.

Se hallaban entonces a menos de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar.

Tenían a la vista un continente cuya franja costera era lo bastante amplia como para establecer en ella el campamento.

Y Boulder señaló el lugar como idóneo.

Muy poco después la «Sid-EX 2013» ponía en acción sus mecanismos de velocidad corta, cerrando los de velocidad media que habían actuado una vez dentro de las capas atmosféricas.

Salió el tren de aterrizaje de su escondite, situándose en posición normal.

Y la aeronave sideral se posó suavemente en la superficie de «Monder II» en un lugar en donde lucía un espléndido sol y el calor ambiente en el exterior rebasaba ligeramente los treinta y seis grados.

La doctora Lil Marone, de acuerdo con Boulder, reunió a toda la tripulación antes de saltar al exterior y dio instrucciones del comportamiento que se debía seguir en lo que se refería al orden sanitario.

—Por el momento, hasta que las aguas no sean analizadas, se abstendrán de bañarse en el mar o en las corrientes de agua o los lagos que se puedan encontrar.

Asintieron los expedicionarios, deseosos de que la doctora terminase cuanto antes para poder salir a respirar el aire natural del exterior.

—Si han de exponer la piel de sus cuerpos al sol, deberán emplear los filtros que les proporcionaré personalmente en cada caso.

Se volvió en particular a la linda Elsa a la cual preguntó:

—¿Entendido?

—Estoy de acuerdo. No quiero que se me estropee la piel. Con un poco de suerte me puede salir marido entre los habitantes de «Monder II» y no es cosa de perder la ocasión por quemadura de más o de menos.

—Intuyo que las cosas van a ser bastante diferentes de lo que hayamos podido pensar.

—¿Por qué dices eso?

—He estado observando la composición de la atmósfera en diversos puntos y a varias alturas... Y pienso que nos encontraremos con más de una sorpresa.

—¿Por ejemplo?

—Una civilización muy avanzada, tal vez tan avanzada que está moribunda, a punto de extinguirse...

Guardaron silencio todos, escuchando atentamente las palabras de Lil, cuya vasta cultura era bien conocida de todos.

—He encontrado atisbos de una catástrofe geológica que tal vez hundió un continente y que dio origen a nuevas formaciones insulares y continentales.

Se dio cuenta de que sus palabras impresionaban a sus compañeros de expedición.

—Podemos encontrar volcanes en actividad, masas insulares o continentales que no han encontrado aún su asiento. Lo cual puede significar que junto a una civilización en plena decadencia encontremos grupos humanos en los albores de una nueva civilización.

—Pues sí, habrá que contar con ello —dijo Boulder—. Tal vez eso mismo explica que podamos haber tomado contacto con el suelo sin oposición alguna mientras que los invasores que pretendieron lanzarse antes que nosotros, hayan sido rechazados unos y apresados otros.

—Justamente —dijo Lil.

—Eso significa que debemos ir con el máximo cuidado. Que nadie se debe alejar solo del campamento. Y que éste se debe organizar como si nos encontrásemos ante el enemigo.

—De acuerdo. Y nada de frivolidades —recalcó la doctora Lil.

Elsa se sintió divertida. Y dijo a su amiga:

—Total: Que para realizar mi labor de reconocimiento e información deberé llevar una buena protección.

—Exactamente.

—¿Vendrás conmigo?

—No por el momento. Yo debo realizar reconocimientos por mi parte. Y análisis de todo lo que necesitemos emplear en nuestro provecho así corno de todo lo que nos rodea y que pueda ejercer influencia en nosotros.

Siguió un lapso de silencio.

Y al fin tomó Boulder la palabra para establecer el campamento con arreglo a uno de los planes que se llevaban previstos y estudiados y que todos conocían.

Poco después se abría la primera compuerta que daba paso a una cámara de ambientación.

Y en el primer grupo, en el que figuraban Boulder, Elsa y la doctora Lil, salió a la cámara, pasando poco después al exterior.

Inmediatamente fueron convenientemente situados por los especialistas los diversos aparatos medidores de humedad, de velocidad del viento, dirección de este último.

Y los sistemas de análisis automáticos de los cambios que en el aire se pudiesen producir; sistemas que percibirían y denunciarían cualquier presencia de materias nocivas en el aire, dando inmediatamente la correspondiente alarma.

Lil comenzó por tomar muestras del agua del mar cuyas débiles olas morían en una playa muy próxima al lugar en donde habían establecido el campamento.

Dio a analizar el agua a los componentes de su equipo y pasó a ocuparse inmediatamente del agua de un nacimiento que había sido descubierto por Elsa.

Elsa, acompañada por Boulder y otros miembros de la tripulación de ambos sexos, descubrieron pronto que la región en donde se hallaban debía estar deshabitada a juzgar por la carencia de cultivos, a pesar de que las tierras eran buenas si se tenía en cuenta la fuerza con que salía la vegetación silvestre.

Fueron proporcionados a Lil y su equipo una serie de frutos y plantas de apariencia comestible, para ser sometidos a análisis.

A pesar de que todo parecía desarrollarse de la forma más normal, ni la doctora Lil ni el comandante Boulder autorizaron a nadie a alejarse del campamento más de un par de kilómetros.

Y los que se alejaran deberían hacerlo yendo provistos de pistolas de señales para dar la alarma en caso de necesidad.

O para llamar la atención sobre algo que se considerase de auténtico interés.

En un momento dado cambió la dirección del aire, aumentó su velocidad y casi en seguida se produjo la primera alarma desde que habían salido de la astronave.

Elsa, Boulder y los que les acompañaban hicieron un movimiento instintivo para iniciar el regreso al campamento.

Y en el mismo momento comenzaron a experimentar dificultades respiratorias.

CAPITULO III

Elsa, que llevaba el receptor abierto, en contacto con el campamento, escuchó la orden de Lil que se dirigía a ellos diciendo:

—Regresad inmediatamente al campamento. Salimos a vuestro encuentro con caretas antigás. El aire comienza a estar fuertemente contaminado.

Elsa había sido de las primeras en experimentar una molesta irritación que no sólo afectó al aparato respiratorio, sino a los ojos.

Y comenzó a correr en dirección al campamento deseosa de poder ponerse cuanto antes bajo la protección de la careta.

Otro tanto sucedió con los demás.

Tropezó una de las chicas que acompañaban a Elsa y cayó de manera aparatosa, obligando a la linda pelirroja a detenerse para auxiliarla.

Y otro tanto hizo Boulder.

El incidente hizo que ellos quedasen solos mientras el resto se acercaba rápidamente al encuentro de los que les llevaban las caretas.

Se disponían Elsa, la otra chica y Boulder a seguir, cuando oyeron la tos de otro ser.

Y se detuvieron casi en seco, volviéndose a mirar en dirección al lugar en donde la tos se había producido.

—Es alguien que ha debido salir solo y por su cuenta —dijo Boulder—. Los demás van por delante.

—Algo se mueve allí —dijo Elsa—. No podemos dejar solo a quien sea.

—Es arriesgado. —objetó la chica que les acompañaba.

—Más arriesgado será para él que lo abandonemos —opuso la valerosa pelirroja, la cual, sin aguardar a más se dirigió al lugar en donde la tos se volvía a producir.

Boulder ordenó a la otra chica:

—Sigue tú. No debo abandonarla...

Vaciló la chica, pero al fin se decidió a seguir; particularmente cuando se dio cuenta de que les llegaban ya los auxilios del campamento en un pequeño vehículo que conducía la propia doctora Lil Marone.

Elsa, al apartar una masa de vegetación, descubrió al fin al ser que producía la tos.

No se trataba de ningún componente de la expedición, sino de un indígena, a juzgar por sus ropas, el color de su piel y su constitución física, semejante a las de los primitivos habitantes de Norteamérica en la Tierra.

—Parece un indio escapado de una película del Oeste —comentó Boulder.

—No seas frívolo, que diría Lil. Y ayúdame —pidió Elsa.

Tanto el comandante de la aeronave como la linda pelirroja trataban de resistir al máximo las molestias que les producían las emanaciones del aire, más irrespirable por momentos.

Afortunadamente llegó hasta ellos la doctora Lil, la cual les alargó una careta protectora a cada uno.

—Vamos, antes de que sea tarde —dijo la doctora quien, a su vez, llevaba una de las caretas protectoras.

Seguidamente preguntó:

—¿Quién es?

—Nuestro primer indígena. ¿Sobra una careta? —preguntó Elsa.

—Sobran un par de caretas. Yo me ocuparé de él —ofreció Lil.

Mientras Elsa y Boulder se colocaban las caretas protectoras, la joven doctora hubo de esforzarse para dominar al indígena, el cual se resistió con todas sus mermadas fuerzas.

Afortunadamente para él, más qué por Lil fue vencido por la tos y la irritación producidas por el aire contaminado: y al fin hubo de aceptar la careta bienhechora.

—¿Me queréis ayudar? Parece que tiene miedo a nuestro todo-terreno.

Tanto Elsa como Boulder ayudaron a Lil a meter al indígena en el vehículo. Y al fin pudo salir éste en dirección al próximo campamento.

—Deberemos buscar refugio de momento en nuestra astronave —anunció Lil.

—Sí, al menos, mientras dure esta invasión de aire contaminado —dijo Boulder a su vez.

—¿Cómo se ha producido? —inquirió Elsa.

—No lo sé. Ha venido con el cambio de dirección del viento, cuya velocidad, además, ha aumentado.

Cuando llegaron al campamento, todos los componentes de la expedición, obedeciendo órdenes de la doctora, se habían refugiado en la aeronave espacial.

El indígena pareció asustado al encontrarse al pie de la «Sid-EX 2013» y ver que se pretendía hacerlo entrar en ella.

De nuevo intentó resistirse; pero no se había rehecho del daño recibido por el aire contaminado y por otra parte la doctora Lil logró hacerle comprender que no le iba a suceder nada malo. Y que, por el contrario, lo iba a curar.

Una vez en el interior de la aeronave, Lil se personó en el laboratorio en el cual, según las instrucciones recibidas, estaban concluyendo de realizar un análisis del aire que tanto les había afectado.

Y poco después comunicaba a los tripulantes de la «Sid-EX 2013»;

—Parece que se trata del humo de un volcán en activo, el cual lleva las materias irritantes que tanto nos han fastidiado. Deberemos ir con sumo cuidado pues una exposición demasiado larga a sus efectos puede tener consecuencias graves.

Intervino Boulder para decir:

—Eso significa que siempre deberemos llevar con nosotros la

careta protectora para usarla al menor síntoma desfavorable.

Elsa propuso:

—¿Qué tal si salgo a hacer una exploración en el helicóptero? Conviene localizar el volcán que produce el humo. Y estudiar la conveniencia de cambiar el emplazamiento de nuestro campamento.

—Es una idea estupenda.

—Puesto que la apruebas, voy a salir inmediatamente. Aprovecharé que el humo se dirige hacia nosotros para que él mismo me señale el camino a seguir.

—Yo te acompañaré —dijo el propio Boulder.

Lil intervino a su vez para decir:

—Un momento. Antes de salir deberé someteros a una cura. Todos serán sometidos a una cura. Nada difícil. Una simple pomada aplicada después de un buen lavado con una solución que están preparando ya.

La doctora Lil facilitó la solución a Boulder y a Elsa y después se ocupó del indígena, el cual, cada vez más tranquilo al ver que se le trataba bien, se dejó hacer, particularmente cuando experimentó los beneficios del lavado.

No habían salido aún Elsa y Boulder para su expedición cuando Lil comunicó al segundo:

—Este hombre está muy débil y no es a causa de ese aire contaminado.

—¿Qué es?

—Tengo la impresión de que le han sacado sangre…

—Puedes hacerle un reconocimiento.

—Es lo que había pensado.

—Por otra parte, Duffy, que es nuestro arqueólogo y tiene profundos conocimientos de criptografía, que estudie sus expresiones hasta que podamos llegar a entendernos con él.

—Lo pondré en manos de Duffy tan pronto esté en condiciones

de hablar o de escribir. Porque habremos de intentar conocer si saben escribir.

—Lo dejo en tus manos... ¿Vamos, Elsa?

—Vamos.

Dos de los mecánicos habían preparado el helicóptero en el cual Elsa instaló rápidamente las máquinas tomavistas, tanto en orden fílmico como de meras instantáneas fotográficas.

Minutos más tarde el helicóptero tripulado por Elsa y Boulder abandonaba la astronave y se elevaba por encima de la bastante visible corriente de humo que, impulsada por el viento bastante fuerte aún, caía sobre el campamento, rebasándolo cumplidamente.

Formaba la movible masa gaseosa una especie de camino fácil de seguir, camino que se estiraba a medida que se acercaba a su origen.

Fue Boulder quien descubrió el volcán, cuya boca estaba en una colina a no más de trescientos metros sobre el nivel del mar.

El humo, después de salir por el cráter del volcán, caía casi en vertical sobre unas tierras bajas, de apariencia cenagosa y de las cuales salían unas emanaciones vaporosas que, a juzgar por la carencia de vegetación, de vida, debían ser terriblemente tóxicas.

Elsa señaló a Boulder tal peculiaridad.

—Sí, me había dado cuenta de ello. Tal vez el humo no sea tan tóxico a su salida; pero si se le mezclan esas emanaciones, adquiere todo su carácter dañino...

—Deberemos venir por tierra en un todo-terreno y con los elementos necesarios para recoger ese gas que emana de la tierra, antes de que se mezcle con el humo.

—Sí, será conveniente realizar un estudio del mismo —aprobó Boulder.

—Como podrás ver se van cumpliendo las ideas de Lil sobre la catástrofe geológica que se debió producir sobre esta región de «Monder II» en un tiempo no demasiado lejano.

—Sí, ella no se suele equivocar nunca —admitió Boulder.

—Es inteligente y capaz, no hay duda.

—Y una chica estupenda. Es uno de esos casos en que la ciencia se alía con la belleza —comentó Boulder.

—Eres un frívolo, Bob. A veces me avergüenzo de tenerte como jefe.

—Allá tú. Yo me siento muy orgulloso de contaros, tanto a ella como a ti, entre la tripulación…

Maniobró Bob en el aparato para evitar pasar por encima del volcán, cuyas radiaciones de calor podrían ponerles en peligro.

En la otra ladera del volcán variaba el aspecto de la tierra si bien en una vasta zona se advertían las huellas que dejaba el humo cuando el aire lo empujaba hacia aquella parte.

—Sin embargo —observó Elsa—, las huellas son diferentes a esa otra zona cenagosa que hemos dejado atrás.

—Ya he podido darme cuenta de ello…

Rebasaron a poco unas crestas rocosas y el paisaje varió fundamentalmente.

Tierras de abundantes pastos, arbolado y buen número de reses paciendo

—Eso quiere decir que si la catástrofe geológica pasó por aquí, de eso debe hacer ya bastante tiempo, pero muy poco si se tiene en cuenta la edad del planeta.

—Estamos de acuerdo.

Poco después descubrieron una pared rocosa, que daba la sensación de haber sido cortada a pico, aunque en la misma pared habían algunos picos que parecían de formación natural.

—Asombroso, ¿no? —preguntó Boulder.

—¡Fíjate en eso! Ahí habita gente.

Descubrieron, al acercarse, bastantes agujeros en la pared rocosa, agujeros que podían servir de entrada a habitaciones humanas, de tipo natural.

Y cuando estuvieron más cerca vieron cómo seres humanos, de contextura semejante a la del indígena que había sido apresado, corrían a buscar refugio en sus habitaciones, a las cuales se llegaba por medio de toscas escalas.

Escalas que eran retiradas rápidamente tan pronto los seres humanos se refugiaban en sus habitáculos.

—¿Has visto eso? —preguntó Boulder.

-—Lo he visto y lo he filmado —respondió Elsa.

—¿Qué te recuerda?

—Bien, no lo he vivido, pero lo he estudiado y lo he visto en filmes. Son habitantes de tipo troglodítico, semejantes a los de algunos pueblos primitivos de lo que luego fue Norteamérica.

—Exactamente.

—Ese hombre que hemos apresado debe pertenecer a uno de estos pueblos.

—Con toda seguridad.

—Pero ¿que hacía tan lejos de su pueblo?

—Eso es algo que trataremos de conocer. Pero para eso deberemos regresar a nuestra base.

Maniobró de nuevo Boulder para corregir la dirección, permitiéndoles la maniobra el regreso a la base tras describir un amplio arco que les daría ocasión a conocer nuevos paisajes.

—¿Cómo vas de material de filmación?

—Bien aún… Adelante…

Seguidamente preguntó Elsa:

—¿Te has fijado que han huido en presencia de nuestro helicóptero, corriendo a refugiarse en sus cuevas?

—Sí, claro… ¿En qué te hace pensar eso?

—En que tal vez sufren ataques por parte de otros seres humanos, los cuales quizá lleguen en aparatos semejantes al nuestro.

—Cabe en lo posible. Y también que huyan simplemente ante algo que les es desconocido y que produce demasiado ruido.

—Hay que aceptar también que puede ser como dices. Pero en tal caso, ¿de dónde venía nuestro indígena preso? Según Lil, le debían haber sacado sangre. ¿Quiénes? ¿Y para qué?

—Demasiadas preguntas para respondértelas en el aire.

—De acuerdo. Es posible que entre Duffy nuestro criptólogo y Lil, tengan ya las respuestas.

No tardaron en divisar el campamento en la lejanía. Y tras el campamento, la línea de la costa baja, límite del mar cuyas olas eran más violentas que cuando la astronave había tomado contacto con el suelo.

Había ido variando de nuevo la dirección del viento y el humo se adentraba en el mar, en el cual terminaba por perderse.

Cuando estuvieron cerca pudieron apreciar que los expedicionarios, aunque con las normales precauciones, volvían a abandonar la «Sid-EX 2013».

CAPÍTULO IV

Una vez en el campamento, en el cual comenzaba ya a hacerse la vida normal, Lil y el criptólogo Duffy Carway fueron a reunirse con los recién llegados.

Comprendió Boulder que si lo que ellos habían visto poseía un indudable interés, pero que no se salía de lo corriente, lo que Lil y Duffy habían llegado a desentrañar tenía auténtica importancia.

Y les instó a hablar preguntando:

—¿Qué hay de nuestro indígena? Hemos descubierto su pueblo a unos ciento veinte kilómetros de aquí.

Duffy, que no pareció sorprendido, respondió:

—Aproximadamente. Treinta kilómetros poco más o menos al noroeste del volcán.

—Exactamente. Un pueblo de características trogloditas. Lo sabéis, ¿no?

—Sí.

—¿Qué hay de su estado de salud?

—Va bastante mejor. Está descansando.

—¿Y qué sucede con su sangre?

—Se le ha hecho una transfusión. Tal como te dije, le habían extraído bastante.

—¿Para algún banco de sangre?

—Para alimento de vampiros —dijo la doctora Lil.

Tanto Elsa como Boulder respingaron. Y preguntaron al unísono:

—¿Has dicho vampiros?

—Exactamente. ¿No tuviste tú una experiencia de ese tipo en Sudáfrica con una joven de ascendencia finesa?

—Sí. Hablábamos de ello cuando fuimos interrumpidos por el ataque de las unidades que estaban sobre «Monder II».

—Exactamente. Lo malo es que aquí no se trata de un caso aislado. Se trata de toda una comunidad —informó la doctora Lil.

—¿Te lo ha dicho él?

—Me lo ha dicho él. Mejor, nos no ha dicho. Este Duffy resulta maravilloso para hacerse entender de la gente y para entenderla.

Sonrió Duffy agradeciendo el cumplimiento de Lil y dijo:

—Nuestro indígena se llama Poter Uro. Pertenece al pueblo de los «uro», la raza más primitiva, más joven que encontraremos en «Monder II».

Lil fue más explícita al decir:

—Posiblemente la única raza auténticamente joven.

—¿Qué queréis decir?

—«Monder II» es más viejo que la Tierra. Los pueblos antiguos que lo poblaron hace tiempo que llegaron a su «cénit». Y hoy son unos pueblos decadentes, viejos.

—¿Incluidos los vampiros?

—Incluidos los vampiros.

—¿Y todo eso os lo ha podido decir Poter Uro?

—Unas cosas nos las ha dicho él. Otras las hemos deducido. Pero te advierto algo. Los «uro» son menos ignorantes de lo que su forma de vida puede hacer creer.

—¿Entonces…?

—Son conscientes de las causas que motivaron la decadencia de los pueblos más antiguos… Y ellos desean conservarse en contacto con la naturaleza, con una vida exenta de todo artificio.

—Veamos lo de ese pueblo de vampiros. ¿Qué sucede con ellos?

—Necesitan sangre humana, sangre fresca… Y acuden al

pueblo joven, fuerte, que la puede proporcionar.

Boulder dirigió una mirada de entendimiento a Elsa.

Y dijo a ésta:

—Ahora se comprende su miedo, su huida ante la presencia de nuestro helicóptero.

Elsa refirió lo que se había producido cuando descubrieron el pueblo primitivo cuyas habitaciones se hallaban situadas en la roca.

Y Duffy dijo:

—Precisamente los «morbo» les atacan valiéndose de una especie de helicópteros que deben tener bastante semejanza con el nuestro.

—¿Llaman «morbo» al pueblo de vampiros?

—Sí, es la mejor traducción que he logrado —dijo Duffy.

—¿Y Poter Uro, después de estar en poder de los «morbo» logró escaparse?

—Sí. Hubo de matar a dos «morbo» y destrozar una especie de «robot» que hace las veces de guardián... —informó Duffy.

Y Lil dijo por su parte:

—Y creo que esto atraerá contra su pueblo la venganza de los «morbo». Por eso tenía prisa en llegar para preparar una defensa eficaz.

—¿Qué tipo de defensa?

—Por medio del fuego, al cual arrojan unos productos cuyo humo causa a los «morbo» unos efectos nocivos que les obliga a huir... Incluso llegan a perder el control de sus helicópteros y algunos de éstos se estrellan.

—En ese caso habremos de llevar a Poter Uro cuanto antes a su pueblo.

—Es lo que habíamos pensado. Estábamos esperando tu regreso. Como, por otra parte, él necesitaba descansar...

—¿Cuál es el grado de civilización de esos «morbo»? ¿De qué armamentos disponen? ¿Cuál es su organización?

—Uro estaba agotado por la caminata y la pérdida de sangre. No he creído conveniente hacerle hablar más de la cuenta... —dijo Lil.

—Comprendo.

—Pero si se tiene en cuenta que los «morbo» disponen dé helicópteros y de robots, debemos pensar en una civilización bastante avanzada —intervino Elsa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lil al jefe de la expedición.

—Antes que nada, conducir a Poter Uro a su pueblo para que organicen su defensa. Les ayudaremos en ella si es posible. ¿Cuándo podré llevarlo?

—Me hubiera gustado que hubiese descansado un par de horas más. Pero descansará en su pueblo. Cuando quieras lo despierto.

—Dame el tiempo necesario para cargar combustible en el helicóptero y hacerle una pequeña revisión. Hemos de actuar con seguridad.

Seguidamente dijo a Elsa:

—Habrá que equipar el helicóptero con una ametralladora de tipo convencional.

—¿Balas?

—Exactamente. Me gustaría capturar con vida a uno de esos «morbo», aunque fuese herido.

—Para eso habremos de ir al lugar en donde habitan.

—Es lo que había pensado. Aunque tal vez podríamos capturar alguno si ellos atacan a los «uro».

Fue Elsa a ocuparse de montar la ametralladora y de que hicieran una revisión del aparato y Boulder se quedó con Lil y con Duffy Carway.

Este, mientras Lil despertaba a Poter Uro, conversó con Boulder, al cual dijo:

—Estos «uro» son más inteligentes de lo que podría hacer pensar su apariencia y su forma de vivir.

Señaló una pausa y prosiguió:

—Ha sido capaz de aprender bastantes vocablos nuestros, hasta el punto de que se hace entender en nuestro propio idioma. Y hablándole despacio y escogiendo términos fáciles, nos entiende también.

—Lo tendré en cuenta.

No había transcurrido media hora cuando ya estaba de nuevo el helicóptero en el aire, llevando a Poter Uro, a Boulder y a Elsa Patton.

En aquella ocasión eludieron las cercanías del volcán para dirigirse directamente a los pueblos «uro» excavados en las paredes rocosas.

Siguiendo las indicaciones de Poter, Boulder hizo que el helicóptero, no sin antes lanzar determinadas señales indicadas por Poter, se detuviese en una de las terrazas que ya anteriormente habían visto Elsa y Robert.

A pesar de las señales hechas, los «uro» se habían apresurado a retirarse a sus habitáculos y a retirar las escalas que conducían hasta éstos, dificultando así su acceso a los mismos.

Fue Poter el primero en saltar del helicóptero, dejándose ver de sus coterráneos, a los cuales se dirigió hablándoles en voz potente.

Seguidamente el «uro» hizo señal a Elsa y a Boulder para que se dejasen ver.

Y dijo en tono normal:

—Mi pueblo es ya amigo vuestro. Yo lo hice saber…

—Gracias, Poter.

—Yo dar gracias a vosotros. Muy buenos. Amigos de verdad.

Los dos terrestres pudieron ver entonces que los «uro» que se habían escondido en sus cuevas, comenzaban a asomar a las bocas de las mismas, reflejando cierto recelo a pesar de la presencia de Poter, así como de sus palabras tranquilizadoras.

Para que viesen los «uro» que estaba entre amigos, estrechó las manos de Elsa y de Robert.

Y entonces comenzaron a ser tendidas de nuevo las escalas que habían sido recogidas.

Los primeros en llegar a donde estaban Poter y los terrestres, fueron una mujer joven y dos niños y una niña que podían estar entre los siete y los doce años.

Los recién llegados se abrazaron a Poter, formando con él una especie de piña.

Y Poter explicó a los terrestres:

—Ellos saber que yo ser presa de los «morbo». Y temían no verme nunca más. Aunque confiar en mi fuerza y mi astucia...

—¿Para que pudieses huir?

—Sí. Yo estar preparado por si una vez tocar ser prisionero.

—Sin embargo, te han podido extraer bastante sangre.

—Sí, mucha sangre. Otros peor porque quedar allí. Otros estar muertos ya.

—¿Podríamos rescatar a los que hay allí? —preguntó Boulder.

Poter Uro pareció sorprendido por la pregunta. Y tardó en responder, no sin antes de hacerlo, cambiar una mirada de inteligencia con su esposa.

—Nada ser imposible. Pero difícil, muy difícil para nosotros. Para vosotros, no sé.

Dirigió la mirada entonces hacia el helicóptero y prosiguió diciendo:

—Ellos tienen aparatos que vuelan como ése. Y armas de fuego que tiran balas; o que escupen llamas que queman mucho.

Robert señaló hacia una roca que podría tener cosa de medio metro cúbico de volumen; y preguntó:

—¿Esa roca sirve para mucho?

—No sirve gran cosa. Más bien molesta a veces.

—Pues ahora verás que ya no molestará más.

Fue Elsa quien, comprendiendo la idea de su acompañante volvió al helicóptero y se situó tras el emisor de rayos desintegradores.

Boulder hizo que la gente se retirase y Elsa, tras apuntar con el emisor, realizó una descarga contra la roca, la cual quedó desintegrada.

Se habían ido acercando por entonces bastantes «uro», tanto hombres como mujeres y niños de ambos sexos.

Y en ellos se reflejó el asombro y el miedo que experimentaron.

Y Boulder preguntó:

—¿Ellos tienen armas como ésa? ¿Pueden hacer lo que hemos hecho nosotros?

—¡Oh, no! Ellos no pueden. Hay otro viejo pueblo que era más poderoso y que habita lejos, allá en donde ahora es noche. He oído decir que ellos tienen arma como ésa.

En aquella ocasión fue Robert quien cambió una mirada de entendimiento con Elsa, a la cual dijo:

—Ese pueblo al que se refiere ahora debe ser el que rechazó el ataque que venía del exterior del planeta.

—Otro viejo pueblo más poderoso… —repitió Elsa.

Peter Uro, que atendía a la conversación, dio la impresión de que comprendía lo que hablaban los dos terrestres. Y dijo a su vez:

—Viejo pueblo más poderoso que «morbo». Todavía poderoso, pero morirá, desaparecerá también.

—¿Por qué?

Poter Uro se encogió de hombros y respondió:

—Viejo. Cansado de vivir. No moverse, todo hecho, todo artificial. No comer, no cultivar apenas tierra… No hacer nada; y morir…

Elsa y Boulder se miraron, como si no terminasen de comprender. Y Poter insistió:

—Ellos no nacer de mujer. Nacer de forma artificial Querer varón, pues varón. Querer hembra, pues hembra. No molestia, no dolor. No apetecer mujer ni nada...

Rió Poter jovialmente mientras acariciaba a su mujer y a sus pequeños.

Una joven y atractiva indígena que se había acercado al grupo, rió asimismo, dando la sensación de que la cosa le divertía.

Poter Uro la presentó a los dos terrestres, diciendo:

—Branca Uran, hermana mujer mía. Ella inteligente, poderes especiales. Hablará pronto como vosotros.

Branca Uran, que iba sumariamente vestida y llevaba adornos que demostraban su buen gusto, abrazó primero a Elsa y luego estrechó las manos de Robert, una de las cuales colocó sobre uno de sus hombros en señal de amistad.

—Branca quiere significar que agradece que me hayas salvado. Y que es gran amiga vuestra.

Cambió Branca unas palabras con su hermano. Y éste dijo a los terrestres:

—Branca dice poder llevar hasta viejo y poderoso pueblo que se extingue.

CAPITULO V

Iba a responder Boulder agradeciendo y aceptando el ofrecimiento, cuando se oyó un grito de alarma.

Lo había dado un vigía que se hallaba situado en la parte más alta de la formación rocosa en donde estaba instalado el pueblo indígena.

Poter Uro se dirigió a Boulder para decirle:

—Son los «morbo». Se acercan.

Vio Boulder que algunos indígenas situados en la altura con el vigía, encendían rápidamente unas hogueras y comenzaban a hacer con ellas señales de humo.

Un lenguaje que tenía gran semejanza con el empleado en la Tierra por los indígenas que habían habitado las tierras de Norteamérica.

El propio Poter prosiguió informando:

—Ahora se avisa a los otros pueblos para que se preparen a recibirlos.

—Pero si los de ahí arriba han podido verlos, quiere decir que están ya muy cerca.

—No han podido verlos aún. Los «morbo» estar lejos. Pero gente nuestra que vigila lejos, avisar por «tam-tam»... Si tú atender...

Guardaron silencio. Y tal como Poter Uro señalaba, se oyó el lejano ruido de los tambores que se avisaban, tal como habían hecho los pueblos primitivos de África en la Tierra.

Poter prosiguió diciendo:

—Lejos no emplear humo porque ellos, por humo, descubrir vigilantes. Emplear tambores porque hombres tambores poder huir, cambiar de lugar y seguir haciendo señales.

—Bien. Vosotros debéis disponer vuestra defensa.

—Casi desde que llegamos la están preparando. Fue lo primero que dije cuando bajé de tu aparato volador. Pero tú no entiendes mi

idioma.

Fue entonces cuando tanto Elsa como Robert, descubrieron a la gente que preparaba a los «morbo» un digno recibimiento con sus hogueras.

Trabajaban con afán, en silencio. Y tal había sido el motivo de que no se acercase más gente a conocer a los terrestres.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —preguntó Elsa a Poter.

—¿Vosotros cuánto tardar en llegar conmigo?

—Media hora.

—Pues ellos tardarán en estar aquí dos veces media hora —respondió el indígena.

Boulder preguntó a la hermana de Poter:

—¿Cuáles van a ser ahora tus poderes especiales?

Tradujo Poter y reprodujo luego la respuesta de su hermana:

—Ella fue quien extrajo de vegetales, y de barros, poderoso veneno que les hace daño. ¿No te habló bella doctora?

—Sí, ella o Duffy me dijeron algo de cómo organizabais vuestra defensa contra los «morbo». Pero, sin embargo, aún capturan a bastantes de los vuestros.

—El humo no siempre cubrir todo. Y «morbo» ser astutos. Por eso casi siempre se llevan prisioneros.

Boulder y Elsa, tras pedir algunos informes más para conocer la forma en que los «morbo» atacaban, decidieron salirles al encuentro.

—Pelear contra ellos aquí mismo sería tanto como coartar la acción de los «uro». Porque esos gases que desprenden sus hogueras, y que tanto dañan a los «morbo», nos podrían dañar a nosotros.

—Sí, ya lo he pensado.

—Nosotros los frenamos a cierta distancia de aquí. Y los que se nos escapen, si es que logran escapar, ya se las verán con el humo y las armas arrojadizas que les lanzan.

Elsa preguntó:

—¿Recuerdas que además de armas convencionales que disparan balas, poseen lanzallamas?

—Lo recuerdo perfectamente. Tanto es así que he decidido emplear contra ellos la energía desintegradora, exclusivamente.

—No podremos capturar ninguno vivo.

—Ya haremos algún prisionero cuando les ataquemos en su guarida.

Los dos jóvenes terrestres se dispusieron a ocupar sus plazas en el helicóptero para estar dispuestos y lanzarse al aire en el momento que lo considerasen oportuno.

Branca Uran, que había aprendido ya algunas palabras con ayuda de Poter, dijo a Robert:

—Ellos llegar cuando ya casi ser aquí de noche. Ellos a luz de sol no ver muy bien. Y temer luz de sol.

—Lo comprendo. Gracias por tus informes, Branca.

Los haces de combustible con el tóxico que producía los gases nocivos, estaban preparados ya.

Y la gente se retiraba a sus casas, haciéndolo silenciosa y rápidamente.

Y comenzaron a ser retiradas las escalas asimismo.

Poter comunicó aún a los dos terrícolas:

—Nuestros pueblos están avisados ya, de que amigos extraños lucharán a nuestro lado con aparato que vuela.

Poco después se retiraban Poter y Branca, no sin que ésta dirigiera una graciosa sonrisa a Robert.

Solos Elsa y Boulder, dijo la atractiva pelirroja:

—Parece que le has gustado a Branca.

—Es lo normal, ¿no? Y tú les has gustado a bastantes «uro». Seguro que esta noche habrá más de un conflicto doméstico.

Rieron los dos jóvenes.

Y tras consultar sus cronómetros, decidieron salir.

—Es preferible encontrarlos a diez o doce minutos de aquí a permitir que se nos echen encima.

Poter, desde el lugar en donde se había situado para dirigir la acción contra sus enemigos, despidió a los terrícolas con un ademán amistoso, deseándoles suerte.

Y otro tanto hizo la atractiva Branca Uran.

Tomó altura el helicóptero, separándose de la zona en donde estaban instalados los pueblos indígenas.

Y Boulder, tan pronto hubieron ganado altura, puso en acción los localizadores de sistema muy semejante al radar, aunque bastante perfeccionado.

Y poco después era el propio Boulder quien anunciaba, dirigiéndose a su acompañante:

—Ya los tenemos ahí...

Señaló hacia el lugar por donde deberían estar los helicópteros de los «morbo», los cuales, sin embargo, no distinguieron en principio a pesar de que se reflejaban ya en la pantalla.

Al fin, la aguda vista de Elsa los descubrió.

—Son negros. Por eso son tan difíciles de descubrir con ese fondo oscuro y con la escasez de luz.

Boulder, en silencio, sacó dos equipos de gafas adecuadas a la luz negra, se puso uno de ellos y ofreció el otro a Elsa:

—Ponte esto. Voy a hacer emisión de luz negra.

—Adelante.

Lanzadas las radiaciones de luz negra, fue fácil a los dos terrícolas mantener localizados a sus enemigos, los cuales avanzaban en correcta formación, en un total de dieciséis aparatos.

—Parece que vienen dispuestos a hacer daño.

—¿Trasladan a los prisioneros en sus helicópteros?

—No, una vez apresados los obligan a marchar a pie hasta cierto lugar en donde son recogidos en una especie de camiones que solamente viajan de noche.

—¡Vaya! Se comportan como si fuesen los Príncipes de las Tinieblas.

—Algo así.

Fue tomando altura el helicóptero y cuando Boulder consideró que había llegado al lugar idóneo para lanzar su ataque, dijo a Elsa:

—Atención ahora.

—¿Es que vas a atacarlos sin avisarles? Porque es que no dan la sensación de haberse dado cuenta de nuestra presencia.

—Ellos tendrán sus razones para ser como son, pero a mí me repugnan. Por otra parte, ellos no perdonan a los pobres «uro».

—Tienes razón.

El helicóptero, en posición de ataque, comenzó a descender casi en vertical.

Boulder, que medía distancias en los instrumentos de a bordo, se dio cuenta de que su presencia había sido descubierta por el enemigo.

Y los helicópteros de los «morbo» rompían la formación, disponiéndose unos a hacerles frente mientras otros proseguían su expedición de rapiña.

Se escuchó perfectamente el ratear de las ametralladoras «morbo».

Y la respuesta por parte de los terrícolas fue instantánea y fulminante.

En décimas de segundo las ametralladoras habían sido silenciadas y seis de los ocho aparatos que se habían dispuesto para hacerles frente, habían quedado convertidos en otras tantas nubecillas de inofensivo humo.

Se escucharon unos misteriosos zumbidos que hicieron

experimentar no poco malestar a los dos terrestres.

Y Boulder, rápidamente, tendió una barrera de ondas protectoras, ondas que chocaron con las ultrasónicas que emitían los aparatos «morbo», anulándolas.

E instantes después otros dos aparatos eran desintegrados.

Los ocho restantes se dieron cuenta dé que les había llegado la hora del desastre y comenzaron a ganar altura y velocidad, iniciando al propio tiempo una maniobra que les debería permitir regresar a sus puntos de partida.

Pero Boulder no estaba dispuesto a dejarlos escapar y forzó la velocidad, buscando adelantarlos para cortarles la retirada.

Lo consiguió en una amplia maniobra en la que cuidó bien de que su helicóptero mantuviese la emisión de ondas de protección, las cuales rechazaron los intentos de los «morbo» de aniquilarlos por los disparos de sus ametralladoras.

Dos aparatos más quedaron desintegrados en el espacio antes de que los terrestres, situados en posición ventajosa, lanzasen su conminación:

—Manténganse inmóviles en el espacio hasta nueva orden. Si intentan huir correrán la misma suerte que los otros.

La conminación, hecha en el idioma internacional que se había establecido oficialmente en la Tierra para las relaciones entre estados, fue dicha de manera corriente, sin detenerse a reflexionar en que lo normal era que no lo entendiesen.

Elsa rió de buen grado y dijo, dirigiéndose a Boulder:

—Y tú te has quedado tan satisfecho. Les has hablado.

No prosiguió al darse cuenta de que los «morbo» supervivientes obedecían la orden deteniendo el avance de sus aparatos.

Boulder, tan asombrado como la propia Elsa, dijo:

—Pues parece que me han entendido.

—Sí, te han entendido. Casi no lo comprendo, pero… Ahora sigue ordenando. Aguardan tus instrucciones.

Pensó Boulder por un momento hacerlos volver hacia los pueblos indígenas que habían pensado atacar; pero tal medida podía resultar conflictiva.

Y lo consultó con Elsa, la cual replicó:

—Tal vez no podríamos contener a los «uro». Y ni debemos sacrificar a éstos, ni lastimar a aquéllos. Opto por nuestra base.

—Sí, creo que, en principio, es lo mejor. Porque ir con ellos hasta el lugar en donde residen, comporta demasiados riesgos para nosotros.

Boulder volvió a dirigirse a los «morbo» dándoles instrucciones de hacia dónde debían volar, señalándoles a la vez un límite de velocidad.

En aquella ocasión no sorprendió ya a los dos terrícolas ver que los helicópteros enemigos ponían proa en dirección al campamento establecido como base de la «Sid-EX 2013».

Cuando estaban ya cerca del campamento, Elsa transmitió al mismo la noticia de la captura realizada y las instrucciones de Boulder relacionadas al recibimiento a hacer a los «morbo».

Cuando dieron vista a la zona designada para la toma de tierra, ésta había sido señalizada debidamente con luces.

Y los helicópteros de los «morbo» fueron tomando tierra uno tras otro, en el orden que se les fue señalando y en los lugares que asimismo se les indicó.

Mark Singer comunicó con Boulder para decirle que se habían tomado las medidas ordenadas por él y que los seis helicópteros quedaban bajo severa vigilancia y con emisores de rayos desintegradores dirigidos contra ellos.

Fue entonces cuando Boulder se decidió a tomar tierra en su aparato, siendo el primero en salir para ayudar luego a Elsa a que lo hiciera.

Recibió a la chica en sus brazos, reteniéndola unos momentos.

Y dijo a su oído:

—Eres bastante más atractiva que Branca Uran.

—Si fuese Branca la que estuviese aquí, se lo dirías a ella, ¿no?

—Puede que sí, ¿Quién sabe?

Rieron jovialmente los dos jóvenes.

Y fueron a reunirse con sus compañeros, los cuales excepción hecha de los que se hallaban tras los emisores de rayos, estaban reunidos aguardando a conocer a los prisioneros.

—Vais a conocer a unos cuantos «morbo». Sí, Lil, los vampiros, los seres de las tinieblas.

Seguidamente ordenó a los tripulantes del primer aparato que descendieran del mismo.

Les llegó una sorprendente respuesta dada en el mismo idioma internacional empleado por Boulder:

—Apagad esas luces. No estamos habituados a ellas y no podríamos soportarlas.

CAPITULO VI

Boulder respondió prontamente:

—No penséis que vais a disfrutar de alguna ventaja porque apaguemos las luces. Aguardad instrucciones.

Seguidamente hizo llevar algunos emisores de luz negra y pidió a sus compañeros que dispusiesen de las gafas adecuadas.

Una vez equipados todos de las gafas y proyectada la luz negra, dijo Boulder:

—Podéis ir saliendo tal como se os ordenó anteriormente.

—Vamos allá —respondieron.

Se abrió la portezuela del primero de los helicópteros.

Y salió un individuo que vestía totalmente de negro, tocado con un casco ligero y negro asimismo. Y destacando en el negro quedaba el rostro blanco, de un blanco que resultaba hiriente.

Los ojos grandes y muy brillantes miraban con fijeza. Y estaban rodeados de un oscuro cerco, como si llevasen gafas.

La nariz era aplastada y muy abierta. Y destacaban sobre todo en el rostro los colmillos superiores, que asomaban agresivamente por las comisuras de la boca.

El extraño ser andaba muy cerca de los dos metros de estatura y era extremadamente delgado.

Se detuvo en el lugar que le señaló Boulder, el cual le preguntó a continuación:

—¿Cuántos vais en cada helicóptero?

—Tres.

—¿Cómo es que conocéis el idioma que hablamos entre nosotros en la Tierra?

—En la Dimensión en que nos encontramos conocemos muchas cosas, no solamente de vuestro planeta, sino del todo Universal.

—Pero no conocéis esa energía que ha convertido en Nada a bastantes de vosotros.

—Las armas de destrucción nos están negadas en la Dimensión en que vivimos.

—¿Quieres decir que las balas que disparan vuestras ametralladoras son alimenticias?

Rieron algunos de los terrestres.

El «morbo» no dio la sensación de sentirse afectado por la burlona pregunta y replicó:

—Las armas esas son armas defensivas. Sois vosotros los atacantes.

—¡Vaya! Resulta ahora que ibais a realizar una pacífica excursión y que os interrumpimos nosotros con nuestro ataque. ¿O es que ibais de caza y por eso lleváis las ametralladoras?

—Supongamos que íbamos de caza. Tenemos derecho a cazar, ¿no?

—¿Seres humanos? —preguntó Boulder, el cual comenzaba a sentirse irritado por el cinismo que demostraba el «morbo».

—No son seres humanos. Seres humanos somos nosotros. Ellos son bestias primitivas… Sí, como esas otras reses que viven cerca de ellos.

Al decirlo, el extraño individuo se irguió, dando la sensación de que crecía hasta rebasar los dos metros.

Tras un lapso de silencio, dijo Boulder en tono acre:

—Pues en lo sucesivo vais a tener que conformaros con sangre de reses, no de seres humanos… Los «uro» son seres humanos. Bastante más humanos que vosotros.

Dijo sus últimas palabras con evidente tono de desprecio.

El extraño personaje pareció sorprendido.

Y tras reflexionar, replicó con brío:

—Eres un extranjero. Como todos los qué te rodean… Y no

tenéis derecho a venir aquí a imponernos vuestras estúpidas leyes, las cuales conocemos bastante bien.

Tras una breve pausa prosiguió:

—Mi pueblo sabe bien lo que necesita, para su supervivencia.

Siguió otro lapso de silencio.

Y lo cortó el propio Boulder para decir en tono duro, hiriente:

—Si conocéis nuestras leyes, ¿no conocéis también la ley del más fuerte? La imponemos cuando es necesario, particularmente para proteger al débil. Y ése es el caso del pueblo «uro».

El «morbo» se mantuvo silencioso, intuyendo que era su mejor baza en aquel momento.

Y Boulder preguntó:

—¿Quién es vuestro jefe? Me refiero aquí y ahora.

—Parece que habiendo sido vencido nuestro comandante, yo, que era su segundo, debo asumir la jefatura.

—¿Parece o es así? —preguntó el terrícola en tono incisivo.

—Es así.

—Magnífico. Así nos vamos a entender mejor. Vas a designar a una de vuestras tripulaciones para que llegue sin dilación hasta vuestro pueblo. Una vez allí deben ser puestos en libertad todos los «uro» que tenéis prisioneros.

—Dudo que nuestro «caster» obedezca esa orden. Sería nuestro fin.

—¿Y qué crees que sucederá si no obedece la orden? —preguntó Boulder.

—No podéis hacer eso.

—Lo haremos... Os voy a retener aquí. Y nosotros nos encargaremos de liberar a los «uro».

El «morbo» miró a Robert como si estuviese produciéndose algo insólito, algo que estuviese fuera de toda regla de juego

admisible.

Al fin dijo:

—Parece que no lo entiende... Se trata de nuestra supervivencia. No de la individual, sino de nuestra supervivencia como pueblo.

—Lo entiendo perfectamente. Pero es que estáis diezmando al pueblo «uro» y ellos no quieren ser vuestras víctimas, ¿lo entiendes? —preguntó el comandante terrestre con ironía.

—Ellos son muchos. Su pueblo no perecerá por eso. Es un pueblo joven, vigoroso... La prueba es que cada vez son más.

—Si necesitáis sangre para sobrevivir, los «uro» os venderán reses de esas que están en sus tierras... Tal vez cerca de vuestras tierras las tengáis también, tan hermosas como ésas.

El extraño individuo interrumpió a Boulder para decirle:

—No lo quiere entender. Necesitamos sangre humana.

—Antes dijiste que los «uro» no son seres humanos.

—Bien. Quise decir que son seres inferiores.

—Por otra parte, no está científicamente demostrado que quienes padecen hematodixia necesiten sangre humana.

—La necesitamos. . —dijo en actitud casi implorante el jefe de los «morbo».

—Vais a tener que buscar otra solución. Sangre animal a la que podéis incorporar los elementos que le falten y que podéis necesitar. Aunque yo creo que si en lugar de daros una sangre os dan otra, no notaríais la diferencia.

El extraño personaje no respondió de viva voz, limitándose a mover su cabeza en sentido negativo.

Elsa, interesada vivamente en la cuestión, intervino para decir:

—¿No hay otro poderoso pueblo en este planeta? Según nuestros informes, poseen cultura y civilización muy avanzadas. Ellos os podrán dar una buena solución.

—¿Quiénes? ¿Los «drago»? Su sangre no nos serviría. Ellos están prácticamente muertos. Han degenerado tanto que en sus venas debe haber más drogas que sangre.

Boulder y Elsa no respondieron a las palabras del «morbo», como si se hubiesen puesto de acuerdo para que el extraño ser prosiguiese hablando.

Por su parte la expresión del «morbo» al referirse a los «drago» reflejaba repugnancia y odio.

Repugnancia como si el hecho de tomar sangre de ellos le produjese náuseas al considerarla un producto degradado; y odio como si los «drago» fuesen sus enemigos irreconciliables.

—Además, los «drago» son los culpables de que nos veamos relegados a este estado. Nosotros éramos un pueblo superior, constituíamos la auténtica «élite» de este planeta, aunque ellos fuesen más antiguos que nosotros.

—¿Erais la «élite» y sin embargo os vencieron? Porque parece que fue algo así lo que sucedió.

Siguió un lapso de silencio que para el «morbo» debió resultar penoso.

Al fin dijo:

—Sí, nos vencieron. Ellos eran muchos más y nos aplastaron a pesar de nuestra superioridad técnica.

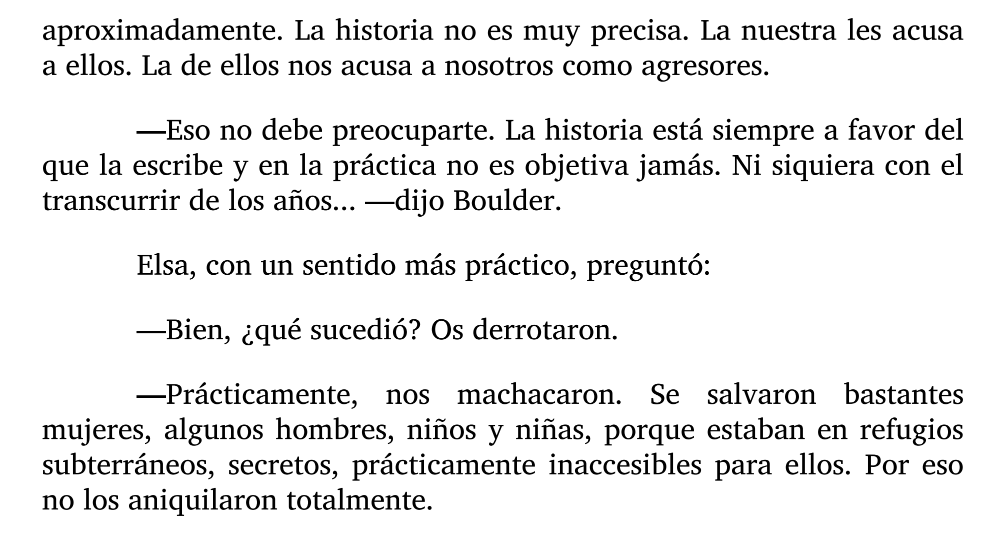
—Hicisteis mal vuestros cálculos, vaya. Os confiasteis en vuestra superioridad técnica y, como decimos en la Tierra, la criada os salió respondona.

Elsa y los demás terrestres que se hallaban cerca, rieron la frase de Boulder mientras que el «morbo», que pareció haberla entendido perfectamente, se irguió y sus ojos parecieron despedir chispas.

Había crispado las manos y daba la sensación de estar muy irritado y de que únicamente el miedo a su destrucción era lo que le mantenía inmóvil.

Cuando se tranquilizó, dijo:

—Eso sucedió hace ya muchos años, siglo y medio,



aproximadamente. La historia no es muy precisa. La nuestra les acusa a ellos. La de ellos nos acusa a nosotros como agresores.

—Eso no debe preocuparte. La historia está siempre a favor del que la escribe y en la práctica no es objetiva jamás. Ni siquiera con el transcurrir de los años… —dijo Boulder.

Elsa, con un sentido más práctico, preguntó:

—Bien, ¿qué sucedió? Os derrotaron.

—Prácticamente, nos machacaron. Se salvaron bastantes mujeres, algunos hombres, niños y niñas, porque estaban en refugios subterráneos, secretos, prácticamente inaccesibles para ellos. Por eso no los aniquilaron totalmente.

En la expresión del «morbo», al referirse a la masacre sufrida por su pueblo, había una nota de angustia.

Seguidamente dijo:

—Claro que, de haber sido nosotros los vencedores, habríamos hecho lo mismo.

—Sí, parece que unos y otros estabais lo bastante «civilizados» como para actuar así… —dijo Boulder con hiriente ironía.

—¿Lo sabes por experiencia? —preguntó el «morbo» queriendo mostrarse irónico a su vez.

—En la Tierra no hemos llegado a ese grado de «civilización» y nos respetamos bastante cuando concluyó la última gran guerra. Claro que, durante la guerra, hubieron sus cosas.

—Sí, lo sabemos. Hornos crematorios por un lado, bombas atómicas a ciudades indefensas, que no eran objetivo militar, por el otro…

—Parece que sabéis bastante.

—Ya te he dicho que vivimos en otra dimensión superior a la vuestra y sabemos más de lo que podéis imaginar.

—Pues si tanto sabéis, tratad de solucionar vuestro problema de una manera más civilizada que sacrificando seres humanos para vuestra supervivencia.

Boulder se había mostrado tajante en su expresión, dando la impresión de que daba por terminada la conversación y que se disponía a actuar en el lado de la práctica.

Seguidamente dijo:

—¿Qué decides? ¿Envías a un equipo de los tuyos y vuelven con los «uro» que están prisioneros, o os vamos sacando de allí y destruyendo todo vuestro mundo subterráneo?

—No vais a conseguir nada.

—¿Quieres decir que los desintegrados en la lucha que hemos sostenido viven ahora en otra dimensión superior y que os podrán ayudar? —preguntó el joven terrestre.

Parpadeó el «morbo», dando la sensación de que la pregunta le sorprendía. Cuando respondió, dijo:

—No lo sé... Uno no sabe ya en qué debe creer y de qué debe reírse... La luz me molesta, pero yo amo la luz.

—Vuestro pueblo debiera pensar en salir de las tinieblas en que vive para ir habituándose paulatinamente a la luz.

—La mayoría la odian.

—¿Se han expuesto alguna vez a ella?

—No, claro que no... Únicamente salimos los que tenemos alguna misión en el exterior. Salimos cuando se acerca la noche y protegemos nuestros ojos y nuestros cuerpos contra las radiaciones de la luz.

Intervino la doctora Lil para decir:

—Pienso que vuestra cura es más fácil en ese sentido que en el de la hematodixia... Creo que valdría la pena que lo intentarais.

Elsa intervino a su vez para decir:

—Pienso que para ellos la cura de la hematodixia sería más una cosa de reeducación mental que otra cosa. El comandante estaba en lo cierto cuando decía que, si en lugar de una sangre se os da otra, no notaríais la diferencia.

—Sé que la notaríamos.

—Es cuestión de reeducación mental, no seas terco. Aparte de que si os falta algún elemento esencial de la sangre humana, se puede lograr por síntesis y se os daría.

Tras otro lapso de silencio, dijo el «morbo»:

—No lo sé. Estamos en vuestras manos y de todas formas vais a hacer lo que consideréis mejor.

—Exactamente.

—Deberéis tener en cuenta de que si salimos a la luz, tal vez los «drago» se lancen contra nosotros y nos eliminen. Siguen siendo más poderosos a pesar de que se van extinguiendo.

—Eso no va a ser problema. Si es preciso nos las entenderemos también con los «drago». ¿Dispuesto?

—Dispuesto. Si confías en mí, iré yo mismo con mi tripulación. No es necesario que vengáis. No habrá engaño, te lo prometo.

CAPITULO VII

No costó a Boulder llegar a un acuerdo con el «hombre de las tinieblas»; el «morbo» marcharía delante con su tripulación y Boulder le seguiría en su helicóptero; pero debería quedarse fuera, sin intentar penetrar en los dominios subterráneos.

Y en aquella ocasión fue también Elsa Patton la que acompañó en su vuelo al joven comandante terrestre.

La región en donde habitaban los «morbo» era tal vez la más montañosa del planeta «Monder II» y en las horas en que la abordaron dominaba en el aire un tipo de niebla azulada que, en las partes más altas parecía engancharse en las agujas montañosas.

La entrada más baja al «reino de las tinieblas» estaba situada aproximadamente a unos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Y si para los «morbo» fue normal la llegada al lugar, habituados como estaban a aquel medio ambiente, para los dos terrestres, equipados adecuadamente para el empleo de la luz negra, tampoco el ambiente constituyó obstáculo alguno.

El comandante «morbo», a la vista de la entrada, detuvo su aparato en el aire y llamó a Boulder, con el cual comunicó, diciendo;

—A la vista tienen la salida que emplearán los «uro» para reunirse con ustedes.

—Sí, la vemos.

—No es necesario que pasen de aquí.

—No había pensado seguir adelante. Y ya saben. Tienen treinta minutos de tiempo.

—No es demasiado. Pero si no he logrado nada aún cuando haya transcurrido ese plazo, saldré a hacerle saber cuál es la situación.

—Haga comprender a su «castor» que no tiene otra salida.

—Intentaré encontrar ayuda entre los míos.

—Pues adelante, y suerte.

—Pienso que la voy a necesitar.

El aparato de los «morbo» reanudó su vuelo. Y poco después Elsa y Boulder lo veían desaparecer por la entrada que tenían a la vista.

La linda pelirroja comentó:

—Resulta impresionante todo esto, ¿no?

—Y tanto. Jamás había visto nada parecido. El paisaje está de acuerdo con los seres que han hallado su refugio aquí.

Uno de los dos satélites de «Molder II» hizo su aparición tras las altas montañas, reflejando sobre el paisaje la luz que recibía a su vez del astro que servía de centro al sistema planetario.

El satélite estaba formado por un núcleo central esférico y una especie de anillo que destellaba con más fuerza que el núcleo

El resultado de su aparición fue dar al paisaje un aspecto auténticamente fantasmagórico.

Boulder hizo descender el aparato hasta posarlo en el suelo.

Y abrió la portezuela, pero volvió a cerrar inmediatamente a causa de la intensa humedad y del frío.

—Buen lugar para un idilio —comentó el joven festivamente.

—¿Te refieres al exterior…?

—Ni hablar. Me refería al interior.

Pasó Boulder un brazo por la cintura de la atractiva pelirroja y la atrajo hacia sí.

—¿Sabes que resultas sensacional?

—No sé si creerlo o no. Aunque Mike Young, que es un chico serio, me lo ha dicho en más de una ocasión.

Y en cuanto al veterano Singer, pues también opina así.

Mientras hablaba, Elsa deshizo el principio de abrazo y dijo a continuación:

—Antes de decidirte por mí, ¿por qué no aguardas a conocer á alguna chica «morbo»? Deben resultar interesantes, tan pálidas, tan lánguidas.

—La verdad es que no me gusta la idea de no despertar una mañana porque ella te ha dejado sin sangre por la noche.

—¿Fue lo que te sucedió con aquella nórdica en África del Sur?

—De suceder así no estaría aquí, a tu lado. Sí, fue lo que estuvo a punto de suceder.

—Te habría estado bien por voluble.

—Te aseguro que yo llevaba buenas intenciones. Quien no las llevaba era ella que pretendía chuparme la sangre y luego, si te he visto, no me acuerdo.

Lo dijo en tono que hizo reír a Elsa, la cual volvió a frenarlo cuando él intentó de nuevo enlazarla por la cintura.

—Estamos de servicio, comandante.

—Bien, nosotros estamos de servicio permanente, como en las pompas fúnebres. Y tenemos derecho al amor, ¿o no?

—Prefiero no responderte ahora. Debes reflexionar si te conviene más Branca Uran, alguna chica «morbo» o la propia Lil… Yo pensaré en ese joven vampiro, en Mike y en Singer.

—Y al final, ¿qué?

—Puede que me decida por ti —replicó ella en tono humorístico.

Escucharon los dos jóvenes un ruido que procedía del exterior.

Se mantuvo Boulder a los mandos del aparato mientras Elsa hizo girar uno de los focos de luz negra, penetrando con él en las tinieblas que les rodeaban.

Descubrió un camino que describía una curva por necesidades del accidentado terreno, dirigiéndose a la entrada del reino de los «morbo» por donde había desaparecido el helicóptero pilotado por los extraños personajes.

—Pensé que podían ser los «uro», pero no, por allí no sale

nadie.

Siguió la joven tratando de descubrir lo que producía el ruido. Y descubrió al fin hasta cinco vehículos, semejantes a camiones y que por la construcción de sus ruedas y sus neumáticos se adaptaban perfectamente a aquel terreno.

—¿Qué es aquello? —preguntó la pelirroja.

—Tal vez sean los camiones que se habían llevado para traer a los «uro» de no haber evitado nosotros la expedición.

Poco después los cinco camiones pasaban por el camino, por un lugar muy próximo a aquel en donde se hallaba el helicóptero de los terrestres.

Pero éstos no fueron descubiertos.

No hacía mucho que los cinco vehículos habían entrado en territorio «morbo», cuando hizo su salida el helicóptero.

Dio en principio la sensación de que estaba desorientado, pero a una señal de Boulder orientó su vuelo hacia el lugar y fue a detenerse a su lado.

En aquella ocasión el helicóptero de los «morbo» iba pilotado por el mismo personaje al cual conocían y por una joven y atractiva «vampiro», la cual fue presentada por el primero como la doctora Kara.

Ambos se dejaron ver sin descender del aparato. Y el primero de los «morbo», que en aquella ocasión se dio a conocer como capitán Booden, dijo:

—No tardarán en salir los «uro» supervivientes. Son bastantes.

—Me alegro de que hayan comprendido nuestras razones... —replicó Boulder.

—Unos las han comprendido y otros no. Los que no las han comprendido han entendido sin embargo que no tenían más remedio que someterse.

—Eso es ya un principio de entendimiento.

—Y puede ser también el principio de luchas internas entre nosotros.

—Deben evitarlas. Tienen que llegar al convencimiento de que la violencia no conduce a nada positivo.

—Eso es algo que creemos saber todos... Hasta que encontramos una seria oposición a algo que nos interesa. ..

—Tal vez sea así, pero...

—Sí, lo sé... Desgraciadamente cuando se manda se envejece más pronto que cuando no se tiene responsabilidad alguna. Y a los que envejecen es muy difícil hacerles comprender que es necesario evolucionar.

El capitán Booden se manifestaba con un dejo de amargura que resultaba impresionante.

La joven doctora Kara permanecía silenciosa, observando a los terrestres, particularmente a la pelirroja Elsa, quien procuraba mostrarse normal.

Fue Elsa quien descubrió a los vehículos que salían conduciendo a los «uro».

—Ahí los tenemos —señaló Elsa.

Booden preguntó a Boulder:

—¿Debemos conducirlos hasta sus pueblos? Porque en ese caso necesitaremos una escolta de la cual no disponemos en este momento.

—No será necesario. Los llevaremos a nuestro campamento. Serán atendidos allí. Y mientras se les atiende avisaré a Poter Uro.

Elsa intervino:

—Podemos llevar no solamente a Poter, sino a la propia Branca, para que se hagan cargo de ellos. Así sabrán que hemos cumplido nuestra palabra.

—Es una buena idea.

Boulder preguntó a continuación dirigiéndose a Booden:

—¿Cómo se comportan los «drago» con los «uro»?

—Las referencias que tengo no son muy dignas de crédito. Parece que los «drago» intentaron esclavizar a grupos de «uro» para

que les sirvieran en algunos trabajos rudos. Pero los «uro», por una parte, no se sometían con facilidad… Por otra parte, parece que aprendían cosas que a los «drago» no les convenía. Y desistieron de emplearlos.

—¡Vaya! Temieron que llegasen a dominarlos con el tiempo.

—Algo así debió ser.

Booden dio órdenes a los conductores de los vehículos para que se dirigiesen al lugar en donde los hombres de la Tierra tenían su campamento.

E inmediatamente los dos helicópteros iniciaron el vuelo, para llegar poco después a donde estaba la astronave «Sid-EX 2013».

Una vez en el campamento, Booden comunicó con los «morbo» que, con sus aparatos, habían quedado en él como rehenes, y les dio instrucciones para que regresaran a su subterráneo pueblo.

Los helicópteros de los «morbo» fueron elevándose uno tras otro, hasta quedar en el campamento únicamente el de Booden y la doctora Kara, los cuales descendieron de su aparato para reunirse con los terrestres.

Boulder, por su parte, había dado instrucciones a la doctora Lil para que se preocupase de atender a los «uro» que requiriesen sus cuidados.

La doctora Kara, alta, delgada, de rostro muy pálido y ojos grandes y expresivos, de facciones correctas, podía ser considerada como una auténtica belleza.

Y lo que era mejor: poseía una extraordinaria personalidad que resultaba subyugante, hasta el punto de que Mike comentó en voz baja dirigiéndose a la doctora Lil:

—No me extraña que sea capaz de convencer a los «uro» para que se dejen chupar la sangre por las buenas.

—¡Mira que cuando te pones, eres bestia!

Rieron los dos terrestres. Y Mike añadió:

—¿Te has fijado en su figura? Delgada, pero tiene de todo lo que puede apetecer a un hombre.

—Pues, ¿a qué aguardas? Ella no te mira con malos ojos.

—¡Cuidado, Lil! Eso es harina de otro costal. Necesito mi sangre para mí. En todo caso, puedo ceder parte de ella para salvar una vida.

—Si la doctora Kara considerase necesaria tu sangre para salvarse, ¿no se la darías?

—Si se conformase con un poquitín, pues lo pensaría.

Guardaron silencio al observar que la doctora Kara, que era centro de la curiosidad de los terrestres, se acercaba a ellos.

Con la mujer vampiro iba Elsa Patton, la cual debía llevar a cabo las presentaciones.

La fina sensibilidad de la doctora Kara le hizo comprender que los terrestres podían experimentar cierta repugnancia instintiva al entrar en contacto físico con ella, y se abstuvo de tender sus manos para estrechar las de Lil y de Mike Young.

Tras la presentación se dirigió a Lil:

—Si puedo ayudarla en algo, me gustaría hacerlo. Me interesa mucho conocer sus técnicas.

Señaló una pausa y prosiguió:

—Tal vez me podrían servir para curar a mi pueblo de la hematodixia.

Cuidó Lil de mostrarse agradable y comprensiva y respondió:

—Podrá servirme de mucho su ayuda. Claro que depende de los «uro» que necesiten asistencia y del estado en que se encuentren.

—Apenas si necesitarán asistencia una decena. Su estado no es grave dentro de una normal debilidad por la pérdida de sangre.

La singular mujer se mostraba natural en su expresión. Y prosiguió:

—He pensado en muchas ocasiones en ir sacando a mi pueblo de las tinieblas pero, salvo dos o tres amigos, no he tenido ayuda, he estado sola. Y quiero aprovechar su presencia cerca de nosotros para lograr algo positivo.

A medida que hablaba su expresión se tornaba cálida, convincente.

—Sé que les debe resultar difícil comprender nuestros conceptos de vida. Para nosotros los «uro» eran como seres inferiores, concepto adquirido a fuerza de tener la necesidad de su sangre.

Rectificó a poco para proseguir:

—O más bien creer que necesitábamos su sangre como ustedes necesitan la carne de las reses u otros alimentos.

—Creo que la comprendo —dijo Lil.

—Me alegro de verdad. Y me gustaría que me ayudase a estudiar esa idea que dio el comandante Boulder: Ir habituando a los míos, poco a poco, a una vida al aire libre y proporcionarles sangre animal haciéndoles creer en principio que se trata de sangre humana. Es cuestión de estudiar algunas sustancias que, aparte su provecho, cambien el sabor.

La respuesta de la joven doctora Lil no se hizo aguardar:

—Seguro que la ayudaré con mucho gusto.

CAPITULO VIII

De nuevo fue Elsa Patton quien acompañó a Boulder cuando éste fue a los pueblos trogloditas dispuesto a llevar al campamento con ellos a Poter Uro.

Se sintieron sorprendidos cuando el helicóptero dio vista al primero de los poblados, en una de cuyas explanadas se disponían a tomar tierra cuando ya comenzaba a despuntar el día.

Gran número dé «uro» de ambos sexos estaban ya movilizados, dando la sensación de que sucedía algo extraordinario.

Y apenas Boulder saltó a tierra descubrió a Poter Uro que, seguido de Branca Uran, se abría camino para ir a su encuentro.

—¿Qué sucede, Poter?

—Nuestros hombres de avanzada han comunicado gran noticia. Muchos seres de mi pueblo han sido libertados.

—Es justo lo que venía a comunicarte. Yo estaba presente cuando han salido en unos vehículos hacia mi campamento. Cuando lleguen allí, los que lo necesiten serán atendidos por la doctora Lil.

—Gran doctora Lil. Ella saber mucho de buenas medicinas —dijo Poter.

Branca Uran, silenciosamente, tomó las manos de Boulder, las besó primero y las colocó luego sobre sus semidesnudos senos.

—Comandante Boulder ser un gran jefe. Yo querer servir a comandante Boulder.

—Gracias, Branca. La verdad es que no sabría qué hacer contigo en nuestra astronave.

Elsa, que había saltado a tierra, sonrió con expresión comprensiva y dijo:

—Ella sabrá en qué puede servirte. Creo que debe venir con nosotros. Desea ser útil de alguna manera y no debemos despreciar su ofrecimiento.

Branca mostró su satisfacción al escuchar a Elsa, a la cual abrazó a la vez que le prometía ser fiel.

Y Elsa dijo a Boulder:

—Ya lo ves. Es agradecida por lo que hemos hecho en favor de ellos. Y también me será fiel a mí. Como nosotros lo seremos no solamente para ella, sino para todos los de su pueblo.

Boulder captó lo que había de humorística ironía en las palabras de Elsa, palabras que, por otra parte, causaron el mejor efecto entre los «uro» que se habían reunido en torno a los dos terrestres y el helicóptero.

Poter Uro se dirigió a los dos terrestres para mostrar su extrañeza:

—¿Cómo fue que hombres de «morbo» no llegar aquí para atacarnos? Nosotros preparados, pero no tener que prender fuego grandes hogueras. Ni tampoco tener que arrojar dardos.

—¿No te lo han dicho tus vigilantes?

Uro se rascó la cabeza mientras su rostro reflejaba perplejidad. Y respondió:

—Ellos venir a decir que volaban aparatos «morbo». Que vosotros colocar cerca con ese aparato y que aparatos «morbo» desaparecer sin saber cómo.

Boulder respondió:

—Fue fácil. Tú viste como ayer desapareció roca, ¿no?

Señaló el joven terrestre hacia el lugar en que había estado la roca desintegrada.

—Sí, claro.

—Pues lo mismo que desapareció la roca desaparecieron los aparatos de los «morbo», con sus tripulantes dentro.

Poter Uro dijo mostrando gran convencimiento:

—Branca Uran decir lo cierto cuando señalar que eres gran jefe.

—Branca Uran es muy buena con nosotros y se lo agradecemos —intervino Elsa.

Seguidamente dijo:

—Y hay algo que puede ser mejor que todo eso. Los «morbo» no atacarán más al pueblo «uro» Ellos saldrán a vivir a la superficie del planeta… Y todos tendremos que ayudarles.

—Pero nosotros no querer dar sangre.

—No tendréis que dar sangre vuestra, sino sangre de reses que tenéis por ahí.

Al ver el gesto de Poter intervino Boulder para decir:

—Hay que compartir la comida con los «morbo». Vosotros dais ayuda y ellos os darán otra clase de ayuda.

Poter Uro miró a los que le rodeaban, tratando de saber por sus expresiones qué pensaba de lo que proponían los terrestres.

Y de nuevo intervino Elsa para decir:

—Si ayudáis a los «morbo», vosotros podréis vivir más tranquilos, sin el sobresalto constante de que puedan hacer en cualquier momento una expedición para llevarse a muchos de los vuestros.

Branca, que escuchaba en silencio, intervino para decir:

—Nuestra amiga del bello pelo rojo tiene mucha razón. Nosotros poder vivir tranquilos al sol sin temor a ser atacados.

Uro, tras dar la sensación de que reflexionaba, tendió su diestra a Boulder y dijo a la vez:

—Está bien. Si vosotros decir que conviene, es que conviene. Trato hecho.

El «uro» y el terrestre cambiaron un fuerte apretón de manos. Y otro tanto hicieron Poter y Elsa.

Luego Branca abrazó primero a Elsa y luego hizo lo propio con Robert, al cual retuvo unos segundos con gran jolgorio por parte de los que les rodeaban.

Elsa, de inmejorable humor, dijo a su jefe:

—Eso ha estado bien, comandante. Me gusta Branca porque es

más efusiva que la doctora Kara.

—Branca desea complacer mucho al gran jefe —fue la sencilla respuesta de la indígena.

Una respuesta que en su misma sencillez resultaba comprometedora, según pensó el joven terrestre.

Poco después, tanto Poter como Branca subían al helicóptero y junto con los dos terrestres emprendían la marcha en dirección al campamento de los tripulantes de la «Sid-EX 2013».

* * *

Cuando llegaron al campamento terminaban de llegar los cinco camiones que transportaban a los «uro».

Y la doctora Lil, con la ayuda de sus dos auxiliares y de la doctora Kara, atendía a los nueve hombres que necesitaban una transfusión.

Terminada la tarea la doctora Lil mostró su satisfacción a la mujer «morbo», que había mostrado su aptitud y su capacidad de trabajo.

Kara fue felicitada después por Boulder, al cual respondió:

—Como verá, he sabido resistir a la tentación de clavar mis incisivos en la yugular de esos hombres para chuparles la sangre.

—¿Bromea, doctora?

—No me llame doctora, por favor. Es mejor tomarlo a broma, ¿no cree? Las generaciones de «morbo» que vivimos nos hemos encontrado con una situación que no hemos buscado. Y ahora necesitamos comprensión, un poco de humor y mucha fuerza de voluntad para salir de ella.

—Estoy seguro de que saldrán airosos.

—¿Se confiaría a mí, comandante Boulder?

—¿Y por qué no? Estoy confiando en ustedes.

—No es lo mismo. Sí, ya sé que es usted un valiente.

—Pues sí, me confiaría a usted.

—Gracias, Bob. ¿No es así como le llaman familiarmente?

—Sí. Es el diminutivo de Robert.

—Creo que le gusto a Mike Young; pero pienso que me tiene miedo.

La mujer vampiro rió jovialmente y añadió:

—Lo comprendo. Lo mismo les debe suceder a esos pobres «uro». Había que verlos cuando me acercaba para ayudar a hacerles la transfusión. Me encargué personalmente de tres.

—Una interesante experiencia, ¿no cree?

—Pues sí, lo ha sido. Ahora estoy segura de que mi pueblo se podrá reeducar hasta admitir que la sangre humana no debe ser considerada como manjar.

Volvió a reír y dijo:

—La verdad es que Mike Young me gusta.

—Convénzale de que su yugular no peligra —bromeó Boulder.

—Me pareció escuchar que usted tuvo una triste experiencia en su planeta.

—Pues sí, la tuve. Afortunadamente me salvó el instinto de conservación, cuando ya apenas si podía disponer de mis fuerzas, de mi voluntad.

—¿Cómo es la relación amorosa en la Tierra? —inquirió la mujer vampiro.

—La verdad es que existe aún bastante confusión. Cada país tiene sus costumbres. Y dentro de cada país hay diversidad de conceptos que van desde una amplia libertad hasta unas concepciones bastante cerradas, poco libres.

—Es la idea que tenía… ¿Y aquí, entre ustedes?

—Somos progresistas, de lo contrario nos quedaríamos en la Tierra. Entre nosotros hay gran libertad, no nos gusta el compromiso. La vida en este ambiente tiene que ser forzosamente diferente y libre…

—Creo que le comprendo bien.

—¿Y entre ustedes? —preguntó a su vez Boulder.

—Existe absoluta libertad, precisamente por la necesidad de supervivir, de que no se extinga nuestro pueblo.

—¿Existe la familia entre ustedes?

—La familia somos todos. Hay gran solidaridad en todos los órdenes. Amamos a los niños sean de quien sean; les atendemos, les cuidamos... Son de todos y no son de nadie.

—Eso es hermoso.

—Sí, es hermoso.

Guardó silencio Kara.

Tanto ella como Boulder miraron hacia los «uro» que se disponían a marchar bajo la dirección de Poter, dejando en el campamento a los nueve que habían sido atendidos.

Robert se puso en pie.

—Voy a despedirlo.

—Y yo. Tienen que habituarse a vernos como amigos —dijo la enigmática doctora.

Señaló la atractiva mujer a Branca que, apartada de los «uro», parecía aguardar la ocasión de acercarse a Boulder.

—Allí tiene a esa chica. Le espera y no se atreve a acercarse.

—Está agradecida.

—Pues deje que le manifieste su agradecimiento como ella sabe hacerlo. No creo que a usted le pese y ella no le exigirá nada.

En aquella ocasión la sugestiva «morbo» sonrió con expresión de graciosa malicia, llegando a sorprender al terrestre.

Comprendió ella el asombro de Robert y dijo:

—La vida al aire libre y la comunicación con personas de mentalidad libre, hacen cambiar a una. No debe sorprenderse. Voy a acercarme a Mike Young.

—Le deseo suerte.

—Gracias.

Kara se acercó al grupo en que se hallaban Lil, Elsa, el veterano Mark Singer y el propio Mike Young.

Booden se había reunido con Boulder y con Poter Uro, tratando de establecer el primero de los acuerdos entre ellos.

Branca se situó junto a Bob y le pasó uno de sus brazos por la cintura, como considerándolo ya algo que le correspondía.

El veterano Singer comentó el hecho, y todos rieron alegremente, incluso Elsa, a pesar de que se sentía atraída por su jefe.

Lil preguntó a la mujer «morbo»:

—¿Qué te preocupa, Kara?

—Aun nada. Estoy dando vueltas al problema de la adaptación y reeducación de los míos. Cuando Booden termine su pequeña conferencia, le pediré que me lleve allá.

Elsa, en tono humorístico, dijo:

—Si te fías de Mike, pienso que él mismo podría llevarte, Tal vez lo esté deseando.

Kara comprendió la intención de Elsa y se apresuró a decir:

—La verdad es que no sé si fiarme. En nuestros pueblos domina la oscuridad; y Mike podría querer aprovecharse.

Lo dijo en tono que provocó la hilaridad de los reunidos. Y Mike reaccionó rápidamente:

—Si pensáis que temo por mí yugular, pues estáis equivocados. Estoy dispuesto a acompañar a Kara.

—La verdad es que yo tendría mucho gusto.

—En tal caso, pediré permiso a Boulder para ausentarme del campamento y llevarme el helicóptero.

—Te acompaño —dijo la sugestiva mujer vampiro.

Se dirigieron los dos hasta donde se hallaban Boulder y Booden, los cuales se habían despedido ya de Poter y los «uro».

Cuando hablaron de sus propósitos, dijo Boulder en respuesta:

—Hemos recibido informes de que los «drago» preparan una expedición. Puede ser de exploración, puede ser bélica… Pero nos debe pillar prevenidos.

—¿Quiénes han traído los informes?

—Un explorador «uro». Han recibido señales de humo que les han hecho desde una avanzadilla.

—Parece que los «uro» están bien organizados.

—Ya dijo la doctora Lil que eran bastante más inteligentes de lo que hacía pensar su apariencia y su forma de vida.

Boulder, de acuerdo con Elsa, se dispuso a realizar una nueva salida en su helicóptero. Les acompañaría Branca Uran, conocedora de los lugares en donde podrían encontrar a los vigías de su pueblo.

Booden llevaría en su helicóptero a Kara; e iría con ellos Mike Young.

CAPITULO IX

El veterano Mark Singer tomó la dirección del campamento mientras Mike Young, llevando con él un emisor de rayos desintegradores, daba escolta a los dos «morbo» para defenderlos en caso de ataque de los «drago».

Los «uro», que después de ser atendidos se hallaban al aire libre, fueron instalados en el interior de la astronave.

Y ésta quedó en condiciones de elevarse a la más remota posibilidad de ser atacada ya que, en el aire, se podía defender bastante mejor que en el suelo.

Y por otra parte, podía llevar su acción contra el enemigo allá en donde éste tuviese sus bases de ataque.

Cuando todo estuvo dispuesto para hacer frente a un posible enemigo, Boulder, con Elsa y Branca Uran se elevó en el helicóptero, no sin antes instalar rápidamente en éste un sensible sistema de detección que únicamente se empleaba en condiciones extremas, dada la delicadeza del sistema.

La joven «uro», percatada de la importancia de la misión a desarrollar, se mostraba sería, atenta y segura de sí misma.

Tan pronto estuvieron en el aire, señaló cuál podía ser la línea de vuelo si se quería mantener una posibilidad de contacto con los «uro» que les podrían facilitar informes por medio de su sistema de comunicaciones con señales de humo.

Una línea de vuelo que les llevaría a poder inspeccionar los movimientos de los «drago» y que de paso les permitiría proteger al helicóptero de los «morbo» en caso de emergencia.

Porque según los informes adquiridos, las armas de que los «morbo» podían disponer, no tenían la mínima opción frente a los «drago».

Una de las cosas que tenía a su favor en aquellos momentos, era que lucía el astro rey con auténtico esplendor. Algo que no gustaba a los «morbo», pero a lo que se debían ir habituando.

Y que servía bien tanto a los vigilantes «uro» como a los terrestres que iban en el helicóptero.

El helicóptero pilotado por Booden, y en el cual iban la doctora Kara y Mike Young, se desvió, acercándose a las montañas en cuyas entrañas habitaban los «morbo».

Había desaparecido la neblina que les había sorprendido la noche anterior, la visibilidad era buena y por lo mismo, las sorpresas resultaban difíciles.

En un momento dado dijo Branca a Boulder:

—El humo dice que los «drago» tienen máquinas dispuestas para salir, pero que por el momento, no se mueven.

—¿Vamos hacia el lugar en donde las han concentrado?

—Sí. Pero cuando lleguemos allá, habremos entrado en su noche.

—Comprendido.

El helicóptero, en veloz vuelo en dirección Este, no solamente acortaba distancias en el espacio, sino también en el tiempo.

Y llegó el momento en que, rebasadas las montañas, entraron en zona en la cual comenzaba a dominar el crepúsculo vespertino.

Branca, rebasadas dos cadenas montañosas, informó a Boulder y a Elsa:

—Hasta aquí llegan vigías «uro». Luego ya es peligroso.

—¿Quieres decir que no recibiremos más informes?

—No de humo. Tal vez de «tam-tam», pero tal señal no llega hasta aparato volador.

Branca, poco después, señalaba en dirección a la proa del helicóptero a la vez que decía:

—Allí campamentos «drago». Allí también primeros pueblos «drago». Capital más lejos...

Señaló luego hacia una zona costera que quedaba a uno de los flancos del aparato y prosiguió diciendo:

—Para allá, a dos jomadas a pie, gran ciudad, segunda capital «drago». Hace muchos años gran puerto, grandes buques. Luego no

grandes buques y sí pequeñas embarcaciones de recreo. Diversiones en «casinos flotantes» como ellos llamaban.

—Y una sociedad que se hunde, que degenera, ¿no es eso? —preguntó Boulder.

La atractiva «uro» respondió:

—Tú has dicho las palabras justas.

—¿Cómo sabes tú esas cosas? —inquirió Elsa a su vez.

—Nosotros contamos historia de mayores a jóvenes, de jóvenes a niños. A veces dejamos grandes recuerdos de piedra o de barro endurecido, en donde hay signos.

—¿Sabes que eso es muy interesante?

—Cuando vosotros abandonéis nuestros lugares, yo regalar una vasija barro cocido con signos. Interesante de verdad.

Sonrió para hacer comprender que ella sabía perfectamente la importancia que tenían aquellas muestras de su poco evolucionada civilización, civilización que, por otra parte, no deseaban hacer progresar en el orden material y mecánico.

La luz natural se había ido perdiendo hasta quedar totalmente a oscuras.

Sin embargo, no tardó en hacer su aparición el mismo satélite que ya descubrieran la noche anterior.

Coincidiendo con ello los sistemas de alarma del helicóptero avisaron la presencia de aeronaves enemigas.

Boulder se ocupó de localizar la situación y número de aparatos que debían haber sido lanzados al espacio.

Y Elsa, por su parte, se hizo cargo de las comunicaciones, entrando en contacto con la astronave para avisar a sus tripulantes de lo que sucedía.

Poco después entraban en contacto con Mike Young, el cual les informó de que se hallaba con el helicóptero de los «morbo» cerca de la entrada al pueblo de los vampiros, conocida ya por Elsa y por Boulder.

Mike informó aún:

—Booden y la doctora Kara están ocupados en hacer que los habitantes más próximos a la luz por su situación en sus localizaciones, entren en contacto con ella. Y otros de más al interior, ocuparán el lugar de los primeros. Irán realizando un avance escalonado.

—Magnífico. Sin embargo, no deben apresurarse hasta no conocer nosotros las intenciones de los «drago» y cuáles son sus auténticas posibilidades.

Mike dio por recibido el mensaje y comunicó que cortaba la comunicación para ayudar a sus nuevos amigos.

Antes de que cortase recibió aún instrucciones de Boulder en el sentido de que su primordial misión era vigilar y proteger a los «morbo».

—No vaciles en usar de los rayos desintegradores si fuese necesario.

—No te preocupes. Lo haré.

De nuevo centrado Boulder en lo que se refería a los aparatos lanzados al vuelo por sus posibles enemigos, supo que se trataba de seis máquinas veloces y bien armadas.

Todas ellas carecían de tripulación, actuando por control remoto.

Comunicó el joven comandante la novedad, tanto a Mike Young como a Mark Singer, que comandaba entonces la astronave.

Singer, en respuesta, señaló que por su parte no había novedad; pero que cerraba las puertas de la «Sid-EX 2C13» y ponía en marcha sus motores para poder elevarse en el mismo instante en que se considerase oportuno.

—La alerta está dada —concluyó diciendo Singer.

A una indicación de Boulder, Elsa realizó una emisión de hondas protectoras.

Los aparatos que habían sido lanzados al aire por los «drago» y que en principio no se habían dirigido contra el helicóptero de los

terrestres, habían maniobrado con cierta brusquedad y habían enfilado sus proas contra el aparato tripulado por Boulder y los suyos.

Se percibió a poco el violento choque de una descarga de los «drago», descarga que chocó contra las ondas de protección de los terrestres.

Maniobró Boulder entonces, situándose en posición ventajosa sobre los aparatos enemigos, y se lanzó a continuación sobre ellos, lanzando una prolongada emisión de rayos desintegradores.

Al choque de la energía de la muerte contra los aparatos, se fueron produciendo sendos cegadores destellos.

Y los pequeños aparatos, tras hacer explosión, fueron desapareciendo de la pantalla del «NR» instalada en el helicóptero.

Branca Uran, la atractiva indígena, se mantenía bastante tranquila aunque estaba a la vez sorprendida de comprobar que la batalla había sido fácil para ellos.

—Ya hay menos «drago»... —dijo al concluir el encuentro.

—Esos aparatos no llevaban seres vivos. Estaban accionados por control remoto.

Elsa, que sin dejar de ocuparse de la protección del helicóptero, hacía a la vez de observadora, descubrió, gracias a los haces de luz negra combinados con el «NR», el campo en donde los «drago» habían concentrado los aparatos.

Campo del cual había partido la agresión.

Lanzó una exploración de otro tipo de ondas detectoras y descubrió que habían más aparatos enemigos dispuestos para la salida.

Lo comunicó a Boulder y éste ordenó:

—Lánzales torpedos «BC» tan pronto entremos en zona hábil.

Branca Uran miró a Elsa con expresión interrogante. No podía comprender lo que Boulder había dicho.

Y Elsa explicó a la indígena:

—Se trata de unos torpedos que buscan los lugares en donde existe un centro productor de calor. Esos aparatos lo poseen tan

pronto sus motores son puestos en marcha.

—Comprendo. Entonces vuestros torpedos buscan el blanco por sí solos.

—Exactamente.

—Si lanzáis torpedos cuando nosotros encendemos hogueras, ¿qué sucedería?

—Irían hacia las hogueras y harían explosión en ellas, desperdigándolas.

—Y podrían producirse nuevos incendios.

—Exactamente.

—Entonces si vosotros lanzáis torpedos y hacen explosión en los aparatos dispuestos para salir, el fuego se podrá propagar a los otros aparatos que estén concentrados cerca.

—Exactamente.

—Los «drago» no estar preparados para esa clase de lucha y serán sorprendidos. Ellos están envejeciendo mucho.

—Sí... Su civilización llegó a su máximo esplendor hace mucho tiempo. Ellos derrotaron a los «morbo», se sintieron muy superiores, carecieron de acicates para seguir hacia arriba o mantenerse en el lugar a que habían llegado.

—Justo. Y ahora caen, siempre caen... Y quedarán borrados.

—Pienso que sí.

La conversación de la civilizada terrestre y la menos civilizada indígena de «Monder», fue cortada por Boulder, el cual dio la señal de lanzar los torpedos «BC».

Elsa no tuvo más que pulsar los mandos de los lanzadores.

Y los torpedos surcaban poco después el espacio. Iniciaron su recorrido siguiendo la natural fuerza impulsora, luego dieron la impresión de que vacilaban y al fin, encontrado el objetivo, se lanzaron ya de una forma clara sobre él.

Todo el juego se podía apreciar perfectamente en una de las

pantallas con que el helicóptero iba equipado.

Y Branca siguió aquella especie de juego con auténtico interés.

En el suelo se produjeron a poco hasta seis explosiones que se determinaron claramente en la pantalla.

Se pudo apreciar asimismo cómo salían lanzados por el espacio los materiales en ignición.

Poco después tales materiales hacían presa en otros aparatos y éstos comenzaron a convertirse en pasto de las llamas, primero, a hacer explosión después, propagándose llamas y nuevos materiales en ignición.

Branca recibió la acción como si se tratase de un juego de fuegos de artificio, y aplaudió en repetidas ocasiones.

De nuevo hizo actuar Elsa las ondas de protección.

Y segundos después eran sacudidos por una serie de explosiones que no llegaron a afectarles gravemente, aunque pusieron la estabilidad del helicóptero en peligro.

Boulder se apresuró a sacar al aparato de la peligrosa zona

Y lanzó un mensaje dirigido a los «drago», cerca de cuya capital, según las indicaciones de Branca, se hallaban.

—A la dirección del pueblo «drago». Hemos venido en misión de paz y de amistad. Y ustedes están empleando la violencia. Cesen en sus ataques contra nosotros o destruiremos su capital...

Tras lanzar el mensaje, se dispusieron a escuchar la respuesta.

Pero no llegó ésta y Boulder lanzó una emisión de rayos desintegradores contra unas instalaciones productoras de energía, según pudo descubrir gracias a la sensible instalación de detectores que poseía.

Tras destruir la central productora de energía, repitió su emisión haciendo destacar el poder de destrucción que poseían.

Los «drago» respondieron al fin:

—Ustedes son invasores. Vienen de otro planeta.

—No somos invasores, somos viajeros, exploradores del espacio. Somos amigos y lo demostramos ayudándoles a vencer a los que les habían atacado para impedirles.

Tardó en llegar la respuesta, en tono que ya no era agresivo. Dijeron:

—Ustedes se han aliado con nuestros enemigos mortales, el pueblo que llamarnos «morbo».

—Nosotros somos amigos de todos. Y enemigos de la violencia. Protegeremos al pueblo «morbo» para que recobre su personalidad. Y el nuevo pueblo «morbo» no les atacará tampoco en lo sucesivo.

CAPITULO X

De nuevo tardó en llegar la respuesta de los «drago», cuyo portavoz dijo finalmente:

—Está bien. Pueden acercarse a nuestra capital, Dragonia y posar su máquina voladora en el lugar que se les señalará con una cuadrángulo de luces. Serán rojas, verdes, amarillas y azules.

—Eso es muy bonito —replicó Boulder en tonillo humorístico.

No respondieron y prosiguió:

—Pero comprenderán que debemos obrar con prudencia. Y constituiría una temeraria imprudencia reunirnos con ustedes en la noche, ponernos en sus manos de tal forma que, con un poco de suerte por su parte, les pudiésemos servir de rehenes.

—No actuaríamos jamás de semejante manera. Ofrecemos una entrevista para llegar a un principio de acuerdo.

—Eso me parece magnífico. Pero no olvido que son ustedes quienes nos han agredido.

—Ustedes no han pedido autorización para entrar en nuestro territorio.

Boulder y las dos mujeres cambiaron entre sí miradas de entendimiento.

Y fue el propio Boulder quien respondió:

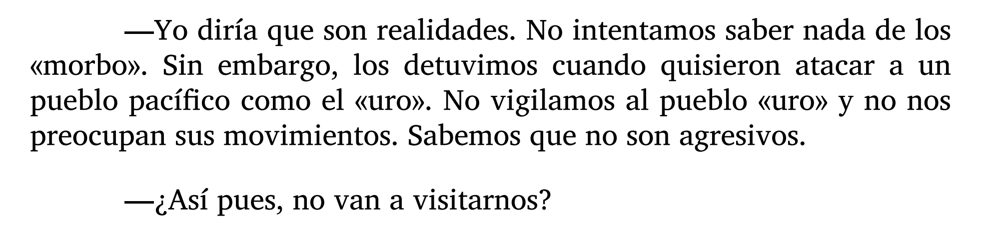
—Mucho antes de que nosotros pensáramos venir hasta aquí, nuestros centros de detección descubrieron que estaban concentrando fuerzas en dos puntos determinados. ¿Para qué, me pueden decir?

La pregunta debía tomar desprevenidos a los «drago», y así fue. Tardó en llegar la respuesta, que fue dada en tono glacial:

—Eso significa que ustedes nos han espiado.

—¿Por qué lo llama espionaje? Solamente procuramos saber qué nos rodea y qué pueden preparar quienes significan un peligro para nuestra seguridad.

—Eso son palabras...


—Yo diría que son realidades. No intentamos saber nada de los «morbo». Sin embargo, los detuvimos cuando quisieron atacar a un pueblo pacífico como el «uro». No vigilamos al pueblo «uro» y no nos preocupan sus movimientos. Sabemos que no son agresivos.

—¿Así pues, no van a visitarnos?

—¿Y por qué no? Pero no en este momento.

—Bien. Pueden ustedes elegir el momento que deseen.

—Vamos a retirarnos a nuestra base. Allí es de día.

—No creo que ustedes tengan problemas con el día y la noche. Poseen la luz negra.

Boulder, como si no hubiese entendido la última frase, prosiguió diciendo:

—Están invitados ustedes a enviar a nuestro campamento una embajada de paz que a su vez puede llevar un mensaje invitándonos para venir a conocerles. Es hacer las cosas civilizadamente, ¿no cree?

—Desde luego que sí.

—En tal caso no hay más que hablar. Les aguardamos en nuestro campamento. Por el momento no les consideramos amigos, pero tampoco enemigos.

—Muchas gracias —respondieron con irónica expresión.

—Esperamos que consideren en el mismo sentido al pueblo «morbo». Deben volver a la superficie, quieren readaptarse y hay que ayudarlos.

—No podremos facilitarles sangre… —ironizó el mismo portavoz.

—Ellos no la desean. Parece que tienen una idea muy particular sobre lo que puede ser la sangre de un pueblo supercivilizado como el de ustedes. Un pueblo que, a lo que parece, ha entrado en una especie de tobogán de la decadencia.

—¡Los «morbo» hablan más de la cuenta y vamos…! —comenzó a chillar el portavoz de los «drago».

Interrumpió Boulder que recomendó tranquilidad.

Y dijo a continuación:

—Nuestra capacidad de detección es grande y tenemos una idea clara, debido a nuestra experiencia, de cuál es la situación de ustedes. En nuestras exploraciones por el espacio hemos captado muchos informes… Y por eso mismo acudimos con el ánimo de ayudarles.

—No necesitábamos su ayuda para exterminar a los invasores.

—No estén tan seguros de eso. Pero ya lo discutiremos en nuestra próxima reunión. Ya saben que les aguardamos en nuestro campamento.

Siguieron unas frases de diplomática despedida en un normal intercambio.

Y Boulder hizo maniobrar su aparato para dirigirse al encuentro del que pilotaba el «morbo» Booden y en el cual iba Mike Young.

Tanto Elsa como Branca Uran, felicitaron a Robert por su discreción ante los «drago».

Y mientras se desplazaban en su viaje de regreso, cambiaron impresiones e iniciaron un estudio de lo que podía ser el futuro de las relaciones entre los tres pueblos que habitaban en aquellas regiones de «Monder II».

—¿Tienes idea de si en la superficie de vuestro planeta existe algún pueblo más? —preguntó Boulder a Branca.

—Los «uro» no sabemos nada en ese sentido. Si existe algún pueblo más, debe estar lejos, muy lejos. Y debe vivir tan aislado como nosotros mismos.

Cuando llegaron a la región montañosa a la cual tenía su salida más baja el pueblo «morbo», descubrieron un auténtico campamento situado cerca de tal salida, en un amplio valle situado a unos mil doscientos metros de altura sobre el nivel del mar.

Los «morbo» debían haber sido preparados ya para ver el helicóptero de los terrestres, porque mostraron curiosidad, pero al mismo tiempo se comportaron con tranquilidad.

Apenas si habían tomado contacto con el suelo, Boulder y sus

dos lindas acompañantes vieron llegar el helicóptero «morbo» pilotado por Booden, la doctora Kara y el terrestre Mike Young.

En aquella ocasión Elsa se adelantó para estrechar las manos de Kara y hacerle ver que la consideraba un ser tan normal como ella misma.

A Branca le costó algo más, pero realizó un esfuerzo sobre sí misma y estrechó también las manos de la atractiva doctora «morbo».

—Te encuentro mucho mejor — dijo Elsa a Kara.

—Estoy bastante mejor. La vida al aire libre es buena. Aunque el cambio ha sido demasiado brusco y en principio me sentí bastante afectada por él.

Algunos jóvenes «morbo» de ambos sexos, de los establecidos en el campamento, aunque mostrando cierta timidez, se fueron acercando al grupo.

Y la doctora Kara hizo algunas presentaciones.

Luego explicó la «morbo»:

—Tanto Booden Como yo nos decidimos por la verdad. Y ya saben que en su alimentación no entra sangre humana, la cual, por otra parte, según se les ha podido demostrar, no necesitan.

Sin embargo, tanto Branca como Elsa se dieron cuenta de que algunos de los jóvenes «morbo» de ambos sexos los miraban con un interés que rebasaba el conceptuado como lógico.

Se dio cuenta Kara de lo que sucedía y, tras sonreír con expresión que reflejaba comprensión, dijo:

—Bien, para algunos jóvenes será más difícil que para otros aceptar las nuevas ideas. Pero con una vida sana, la cura llegará para todos.

Hizo comprender la doctora con la mirada a los jóvenes que se debían alejar, v ellos obedecieron mostrando una disciplina y una educación que sorprendió un poco a Elsa.

—La educación por el convencimiento, la autodisciplina que se lleva como consecuencia de la vida en común, tiene bastantes ventajas. Por eso hemos decidido seguir al aire libre una vida

semejante.

Señaló para las tiendas de campaña que servían como habitaciones, para el lugar en donde estaban instaladas las cocinas. Y particularmente para los centros educativos.

Luego explicó:

—Ahora se esta montando, a unos ochocientos metros, en un lugar ideal, con agua de sobra y bastante arbolado, otro pueblo semejante a éste. Los que viven aquí ahora, pasarán a él. Y los que se hallan en la entrada de nuestro actual pueblo, pasarán aquí…

—Comprendo. Seguirán, en la entrada primero, aquí después, y más tarde en el otro pueblo, un proceso de habituación al nuevo ambiente.

—Así es. Un proceso de habituación y de reeducación para adaptarse a las nuevas formas de vida que forzosamente deberemos seguir.

—¿Y después…? —preguntó Elsa.

—Después, cada cual se instalará en donde lo considere más oportuno. Se estudiarán unas normas de relación, de convivencia; pero en un ambiente de mayor libertad, debe haber asimismo más libertad de acción.

Antes de que Elsa hiciera pregunta alguna, prosiguió:

—Hemos llegado en principio a unos acuerdos con los pueblos «uro», quienes a su vez no tendrán necesidad de refugiarse en sus habitaciones trogloditas. Habiendo paz y buen acuerdo, pueden elegir unas normas de vida más fáciles.

Frunció el ceño levemente antes de decir:

—Sólo nos queda una especie de amenaza a unos y a otros. Son los supercivilizados «drago». Por su odio hacia nosotros. Y por sus relajadas costumbres, que no dejan de ser un peligro.

Elsa intervino entonces para decir:

—Pienso que los «drago» están tan sobrados de orgullo que no intentarán mezclarse con ustedes. Pienso que no les darán ejemplos de ningún tipo, ni buenos ni malos.

—No esté tan segura, —objetó Kara.

—¿Piensa que les abrirán las puertas de sus ciudades? —preguntó Elsa.

—Aunque no sea más que para esclavizarnos, para que les sirvamos —dijo la atractiva doctora.

—Intentaron hacerlo con los «uro» y fracasaron. Los «drago» se sienten poco seguros, saben que están acabados. Temen que los «uro», o ustedes los «morbo», una vez adaptados a una vida normal, se apoderen de su civilización, los dominen primero y los anulen después.

—Pero eso es absurdo.

—No tan absurdo. Prescindieron de los «uro» porque era difícil doblegarlos y porque aprendían demasiado.

—Eso es tal como dice nuestra amiga terrestre —intervino Branca.

Boulder, Booden y Mike Young se habían acercado y habían escuchado la última parte de la conversación que sostenían entre sí las tres mujeres.

—Los «drago» lo han automatizado todo. La producción, los servicios, todo: Incluso la guerra serían capaces de hacerla por medio de máquinas automáticas en el más amplio sentido de la palabra.

—Pero sus máquinas no pueden pensar.

—Ninguna máquina puede pensar. Pero sí retener. Se puede decir de ellas que tienen «memoria». Y un grupo de «drago», con las armas y máquinas de que disponen, podrían mantener una guerra durante bastante tiempo e incluso ganarla.

Kara pareció asustada. Y preguntó a Booden:

—¿Entonces...? ¿Hemos salido prematuramente de nuestros refugios?

—No te preocupes. Afortunadamente las armas de que disponen nuestros amigos terrestres son superiores y los «drago» no podrían vencerles jamás.

—Pero ellos pueden lograr armas más perfectas que las

actuales, más destructivas.

De nuevo intervino Boulder para decir:

—Pienso que no. Ellos, a fuerza de querer vivir de manera fácil, sin problemas, pensando en la diversión antes que en nada, se han anulado a sí mismos. Ya no tienen poder creador… Y su ciencia está muy adelantada, pero no es capaz de dar ya ni un solo paso adelante. En cuanto a sus perfectas máquinas, son también incapaces de crear.

—Si es así, eso me tranquiliza. Y me permitirá dedicarme con más tranquilidad a mi tarea —dijo la doctora Kara.

CAPITULO XI

Tanto Boulder como Elsa experimentaron viva satisfacción al comprobar el eficaz desarrollo de la transformación de los «morbo» a su nueva vida sobre la superficie del planeta.

Y se dispusieron a volver al campamento de la playa, en donde se encontraban los demás terrestres con la «Sid-EX 2013».

La atractiva Kara, que se hallaba con Mike Young, preguntó a Boulder:

—¿Y si nos atacan los «drago»? No podemos fiarnos de ellos aún.

Mike intervino por su parte para decir:

—No han dado muestras aún de que estén dispuestos a evolucionar.

—Sí, me doy cuenta de ello... Si Booden nos lleva a Elsa, a Branca y a mí al campamento, tú te puedes quedar aquí con nuestro helicóptero. Y espero que no te dejes sorprender.

—No me sorprenderán. Ya tenemos dispuestos algunos vigilantes; aparte de que me serviré del sistema de detención.

—Va bien una cadena de vigilancia. Así los «morbo» irán adquiriendo responsabilidad de la nueva situación —intervino Elsa con la aprobación de la doctora Kara.

—Y si los «drago» asoman por aquí con ganas de fastidiar, les daré para el pelo —fanfarroneó Mike.

Había tomado del brazo a la atractiva Kara, la cual mostró viva satisfacción por el gesto.

Elsa, en broma, preguntó:

—¿Te manejarás bien solo o me quedo a tu lado?

—A ti te necesito allí —se apresuró a decir Boulder.

—Yo ayudaré a Mike —dijo Kara acercándose a él.

—De acuerdo. Con tal de que no os durmáis el uno en brazos

del otro, adelante. La experiencia será de interés.

Rieron todos.

Y poco después Booden en su helicóptero, conducía u Branca, Elsa y Boulder al campamento de la playa.

Salieron a recibirlas la doctora Lil y el veterano Mark Singer, el cual se apresuró a ayudar a Branca, a la cual tomó en sus brazos para depositarla en el suelo con cuidado.

Branca, que se había dado cuenta del naciente entendimiento que existía entre Elsa y Boulder, sonrió con graciosa expresión a Singer, al cual dijo:

—Muchas gracias... Aunque no era necesario que te molestases.

—No es molestia, sino un placer.

—Si consideras un placer tenerme en tus brazos, yo estaré gustosa de que me tengas en ellos mucho rato. —susurró la atractiva indígena al oído del veterano.

—Seguro que sí, encanto. Seremos felices los dos... Tan pronto quede libre...

Habían aprovechado para el intercambio de frases el hecho de que Lil conversaba con Boulder y Elsa.

Sin embargo, se dio cuenta Elsa del principio de entendimiento entre la indígena y Singer y dijo en tono de broma a Boulder, refiriéndose a ellos:

—No se puede uno fiar de las mujeres. Somos volubles y no sé cuántas cosas de esas más...

Rió Lil mientras Boulder amenazaba en broma a Elsa, diciéndole:

—Ya te arreglaré yo a ti por indisciplinada.

Seguidamente llamó:

—Singer.

—Sí, comandante.

—Mucho comandante, pero no me has dado las novedades. Comprendo que Branca te haya mareado como para olvidarte.

—Comandante. Nada me hace olvidar mi servicio… Todo normal, aunque se ha observado cierto movimiento en Dragonia y sus alrededores.

—Sí. Debe estar preparado todo para recibir una especie de embajada.

Un joven oficial llamado Over Lange se acercó en aquel momento. Era el agregado de Mark Singer e informó a éste:

—De las pistas próximas a Dragonia han salido dos grupos. Uno se dirige hacia este campamento. El otro se acerca a uno de los nuevos poblados «morbo».

Boulder se dirigió a Booden, para decirle:

—No pierda tiempo y prepare las cosas para un posible ataque de los «drago» contra ustedes.

—Salgo en seguida.

—De todas formas vamos a prevenir a Young para que se eleve en nuestro helicóptero y obligue a los «drago» a desviarse en caso de que se acerquen a vuestros poblados.

Booden, tras asentir, se elevó en su aparato, alejándose en dirección al lugar en donde podía encontrarse con Mike Young.

Boulder, por su parte, dispuso la astronave para que se pudiese elevar tan pronto se considerase oportuno.

E hizo instalar, debidamente camuflados, dos baterías de rayos desintegradores.

Mike Young pasó informe de que había recibido la noticia del movimiento «drago» y comunicó asimismo que se elevaba tras haber lanzado a los «drago» una primera conminación para que se desviasen de la ruta que habían emprendido.

Los detectores de la astronave denunciaron la presencia de la primera formación enviada por los «drago», y que estaba compuesta por una aeronave en forma de disco y cuya capacidad de maniobra era extraordinaria, y cuatro veloces aparatos más pequeños en forma de

huso.

De la aeronave en forma de disco se recibía a poco un mensaje en el cual no sólo anunciaban su presencia, sino que pedían permiso para tomar contacto con el suelo.

Se les dio la autorización oportuna, señalando lugar, tanto para la astronave en forma de disco, como para los otros cuatro aparatos.

Cuando ya la astronave-disco entraba en contacto con el suelo, los detectores de la «Sid-EX 2013» acusaron la presencia cercana de la otra formación, la que había sido desviada por Mike Young.

Los cuatro aparatos en forma de huso permanecieron en el aire maniobrando graciosamente, como si se tratase de una fiesta, haciendo auténticos alardes de dominio de la maniobra.

Para entonces los de la «Sid-Ex 2013» se dieron cuenta de que en el aire actuaban unas ondas distorsionadoras de las comunicaciones.

Y Singer en persona pasó hasta el lugar en donde se hallaba Boulder para poner el hecho en su conocimiento.

Al propio tiempo Singer informó:

—Estamos bajo la protección de ondas. Y los dos equipos que están con los emisores de rayos, están protegidos asimismo.

—Lo malo es que el aparato de ellos queda también bajo tal protección.

—Ya lo he pensado. Pero no tenía otra solución si quería que la protección llegase hasta nuestros emisores de rayos.

—De acuerdo. Tú y Elsa os vais a retirar.

—Ni lo pienses —comenzó a decir la atractiva pelirroja.

—Es una orden —cortó Boulder secamente.

Elsa comprendió que debía obedecer y se retiró, no sin decir:

—Todos los hombres sois iguales. Nos queréis avasallar.

—¿Y qué me dices de las mujeres? —preguntó Singer con expresión de resignación.

—Ahora estaba hablando de los hombres. Y ten cuidado o aleccionaré a Branca.

—No te molestes. Tengo la impresión de que se las sabe todas. Esa chica es todo instinto.

Rió Elsa, por la expresión de Singer; y más aún, al descubrir a Branca aguardándoles a la entrada de la astronave.

Hacía calor y la indígena se había despojado de casi toda su ropa, ofreciendo un bello semidesnudo.

Acarició Singer a Branca y fue a ocupar su puesto de mando atento a obedecer cualquier indicación de Boulder.

El joven comandante de la astronave terrestre se mantenía de pie frente al disco volador de los «drago», el cual emitía un ruido indicador de que sus motores continuaban funcionando.

Se abrió al fin una portezuela en el disco e inmediatamente salió proyectada una especie de rampa, la cual llegó al suelo, quedando sujeta a la parte baja de la abertura practicada en el disco.

En la portezuela se dejó ver una mujer relativamente joven y sumamente atractiva. Era rubia, de ojos azules y grandes, vivos, expresivos. Una imagen que no hablaba precisamente de la decadencia de un pueblo.

Vestía la mujer, que llevaba el pelo corto, sujeto en un sencillo casco de reflejos metálicos, una escueta vestidura formada por láminas metálicas, de la misma materia del casco, y que dejaba al aire mucho de la belleza de sus atractivas formas.

Boulder recibió la impresión de que intentaban deslumbrarlo. Y hubo de realizar un esfuerzo sobre sí mismo para que tal deslumbramiento no se produjese.

La rubia llevaba en su mano derecha una especie de bastón de mando del cual salían cegadores destellos.

—Se os saluda, comandante Boulder. Sois muy joven para haber llegado a un puesto de tanta responsabilidad... Soy Faga Olave, jefe parlamentario de Draga.

—Draga tiene un jefe parlamentario muy atractivo. Bien venida.

—En realidad soy yo quien debe daros la bienvenida.

Estáis en nuestro planeta que vosotros llamáis «Monder II». ¿No es así?

Se dio cuenta Boulder de que la voz de Faga Olave era susurrante, acariciadora y, junto con sus atractivos, debía resultar adormecedora.

La idea de que resultaba adormecedora le hizo notar que una voluntad ajena intentaba apoderarse de la suya, la cual comenzaba a sentir oscurecida. Y realizó un esfuerzo sobre sí mismo, comenzando por apartar los ojos de aquella especie de brillante aparición, especialmente de su bastón de mando con sus deslumbrantes destellos.

—Como representante de Draga os invito a que nos visitéis en nuestra modesta representación. Podéis venir solo o con los jóvenes oficiales que deseéis. Luego iremos a Dragonia. Nuestro pueblo, en particular nuestra juventud, desea veros de cerca... Para ellos sois lo exótico...

Boulder, en un nuevo esfuerzo, decidió formular una pregunta que podía romper el aplomo, el equilibrio nervioso de que Faga Olave hacía gala.

—Pero, ¿es que en Draga hay juventud? —preguntó el joven.

Las fuerzas psíquicas de Boulder le avisaron que había abierto brecha en las de su rival, pues en un principio notó que cedía la tensión a que estaba sometido.

—¡Claro que tenemos juventud! ¿Acaso soy vieja yo? —preguntó irritada Faga.

—Mis informes son que ustedes son productos artificiales, de incubadora. Y que nacen ya viejos, carentes de estímulos vitales.

—Eso es una estupidez —opuso Faga Olave—. Hemos ido eliminando los instintos brutales que llevan al crimen y a la corrupción a causa de la ambición desmedida.

—¿Y cómo lo han hecho? ¿Por medio de la educación, de la justicia? No... Lo han querido hacer científicamente, matando los estímulos vitales. Y lo han hecho también por comodidad, por ahorrarse sufrimientos; para poder dedicar la vida al gozo, siempre al gozo, cerrando las puertas al espíritu creador y al trabajo.

Se dio cuenta Boulder de que a medida que hablaba, se iba sintiendo liberado mientras que su opositora Faga Olave se derrumbaba síquicamente.

Y sucedió lo inesperado. A un violento ademán de ella los aviones en forma de huso iniciaron un ataque sobre Boulder. Y del propio disco se desprendieron varios proyectiles tipo torpedo aéreo.

CAPITULO XII

Boulder, protegido por la barrera de ondas, experimentó no obstante sendas violentas sacudidas a los impactos de los torpedos contra la barrera, impactos que provocaron las sucesivas explosiones.

Fue algo que resultó inesperado y sorprendente para Faga Olave, la cual fue sacudida asimismo por las explosiones que la arrancaron del disco volante, arrojándola al suelo de manera violenta.

A la vez que se producía tal choque, los emisores de rayos desintegradores, apuntados automáticamente desde la astronave, cruzaron sus emisiones de rayos y los pequeños aviones en forma de huso quedaron desintegrados en el espacio.

Actuaron los autómatas del interior del disco volante, tratando de recobrar el cuerpo de la aturdida Faga Olave.

Boulder, que se había repuesto de los efectos que le habían causado las explosiones, pasó a su vez al ataque haciendo funcionar su pequeño emisor de destructivas ondas ultrasónicas.

Y su efecto resultó fatal para los autómatas que estallaron, saltando sus piezas por el aire. Y los autómatas, que remedaban en parte a la figura humana, quedaron destrozados e inmóviles como muñecos rotos a los pies de la rampa tendida desde el disco volador.

Aún funcionaban los motores de la aeronave de los «drago» y sus autómatas del interior intentaron hacerla subir.

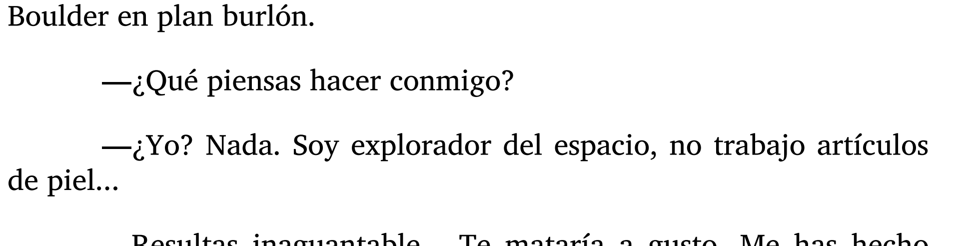
Pero actuó nuevamente Boulder que, por medio de sus ondas ultrasónicas, los desarticuló asimismo.

Faga Olave, que había vuelto en sí y había logrado sentarse en el suelo, miró a Boulder con expresión que reflejaba miedo y sorpresa.

—Tranquila. No me alimento de mujeres, por apetitosas que resulten.

—¿Crees que me importa morir?

—Tal vez no te importe. En ocasiones resulta más cómodo morir que seguir viviendo y asumir las responsabilidades que se nos vienen encima. Por favor, ponte en pie. Pero olvida tus artes personales de seducción, de hipnotismo, etcétera, etcétera —dijo



Boulder en plan burlón.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—¿Yo? Nada. Soy explorador del espacio, no trabajo artículos de piel...

—Resultas inaguantable... Te mataría a gusto. Me has hecho fracasar totalmente y no te lo perdonaré jamás.

—Eso es algo que no me da frío ni calor, te lo aseguro.

Dio a continuación Boulder órdenes a Elsa y a Singer, los cuales no tardaron en reunirse con él.

—¿Qué hay del otro grupo que salió de Dragonia con éstos?

—Cuando se dieron cuenta de que se producía el desastre, se apresuraron a maniobrar, emprendiendo el regreso a su base... Lo ha comprobado Young que no les había perdido de vista.

—Magnífico. Comunica con Draga. Que se preparen a recibirnos. Y avisa que al mínimo signo de violencia, los destruiremos totalmente.

Seguidamente Boulder se dirigió a la rubia Faga:

—¿Crees que lo entenderán? ¿O preferirán el suicidio colectivo?

La rubia emisario de Draga tardó en responder. Cuando lo hizo fue para decir:

—Tienen miedo a morir. Han degenerado hasta ese punto... Luego, tenemos ahora unas generaciones de juventud rebelde que aspiran a vivir de otra forma... Dan la sensación de que quieren volver atrás en la historia.

—¿Quieren volver atrás en la historia o disienten del género de vida que habéis preparado las generaciones que les precedieron?

—Está bien. Disienten de ese género de vida. Pero temo que pueden caer en otro extremo.

—¿En qué otro extremo?

—En una vida absurda, de tipo primitivo, de consumir al

mínimo de vida en contacto con la naturaleza. .

Y volver a la creatividad.

—¿Algo así como viven los «uro»?

Tardó en responder una vez más. Y dijo al fin:

—Sí, algo así. Pero con un sentido más civilizado... Algo semejante a cierto movimiento que se produjo en vuestro planeta hace unos cincuenta años.

Tras un lapso de silencio dijo Boulder:

—Esos chicos comienzan a serme simpáticos... Y pienso que me entrevistaré con ellos.

—No debes hacerlo. Son disidentes.

—Eres mi prisionera, Faga Olave. ¿Lo has olvidado? ¿Qué pasa en vuestro pueblo? Porque tú no perteneces a esas generaciones de gente que sólo vive para la holganza y el placer. Ni tampoco a los disidentes. Tienes un carácter belicoso que no me gusta. ¿Qué diablos sucede? Responde…

La rubia Faga bajó la vista y respondió al fin:

—Un grupo de hombres y mujeres de mi generación, dimos un golpe de estado. Teníamos que salvar al pueblo.

—Sí, lo de siempre. Y a unos, vais a terminar de anularlos, y a otros los encerráis. ¿Es así?

—Bueno, a los disidentes los iremos reeducando y, cuando acaten nuestras nuevas normas de vida...

—Las normas de vida de una minoría que se apoya en el perfecto automatismo que lograron las generaciones anteriores.

—Pero los ha conducido al desastre. Tú lo sabes...

—De acuerdo. Pero, ¿por qué no dejar que la gente viva libre, con arreglo a su criterio? Lo que desean esos jóvenes es normal... En cuanto a los otros, ya están pagando sus errores. Dejadlos que terminen, que se extingan.

Singer, que había ido a cumplir las órdenes que había recibido

de Boulder, regresó y dijo a su jefe:

—Ha llegado a Draga, con los fugitivos, la noticia del desastre sufrido aquí por esta dictadura. Muchos jóvenes se han unido a los disidentes y los están liberando. La dictadura ha caído.

—Pero, ¿nos esperan?

—Nos esperan para hacernos un homenaje, ya que consideran que nosotros les hemos abierto el camino de la libertad.

Boulder se dirigió a la rubia Faga Olave, la cual escuchaba en silencio, crispada toda ella:

—¿Lo has oído? Si temes a las represalias y no quieres volver a Draga, puedes retirarte a un poblado «uro». Tengo amigos allí y te recomendaré a ellos. Te tratarán bien.

—¿Vivir entre salvajes? Eso, nunca…

—Puedes quedarte con los «morbo». Han renunciado a la sangre humana en su dieta. Por otra parte, consideran que la vuestra está corrompida, que no sirve de nada.

Faga se mantuvo silenciosa, reflexionando. Dio la impresión de que su cuerpo se relajaba y su expresión se humanizó.

Dijo entonces:

—Volveré a Draga… Intentaré adaptarme al nuevo sistema que implanten… Puedo encajar allí, ¿por qué no?

Boulder dijo con ironía:

—Seguro que encajarás, te adaptarás… Y hasta llegarás a mandar, a dominar. En la Tierra hemos tenido ejemplos de ese tipo. A esa clase de personas les llamamos «camaleones».

—Entiendo. Aquí a ese fenómeno en la naturaleza le llamamos mimetismo.

—Y allí también. Pero lo de camaleones queda mejor.

La doctora Lil se unió al grupo para informar que los «uro» que hablan sido tratados, estaban en condiciones de regresar a sus poblados.

Por su parte, Singer, junto con Over Lange y Elsa Patton, dispusieron el desplazamiento de la astronave para dirigirse a la capital del pueblo Draga.

Los «uro», totalmente repuestos, habían emprendido viaje de regreso a sus pueblos trogloditas, decididos ya a cambiar de sistema de habitación, ya que nada deberían temer en lo sucesivo de los «morbo».

La astronave, en su desplazamiento hacia Draga, sobrevoló los campamentos de los «morbo», que proseguían su fase de adaptación al medio ambiente natural.

Mike Young, tras pedir autorización a Boulder, siguió a la astronave en su helicóptero, llevando con él a la joven y atractiva doctora Kara.

No se puede decir que en Draga aguardara a los terrestres sorpresa alguna, pues tenían ya suficientes informes de lo que sucedía en la unión de pueblos «drago».

Conocieron pronto a los más destacados representantes de las generaciones antiguas, dadas a la molicie y el goce, con todo su sistema de vida perfectamente automatizado hasta el punto de que no necesitaban realizar el mínimo esfuerzo para vivir, lo cual les había ablandado hasta el punto de que algunos presentaban ya deformaciones que rayaban en lo monstruoso.

Conocieron asimismo a la generación de seres como Faga Olave, una minoría que había logrado imponerse a los demás en su sentido de vida ascético, pero apoyado también en el más exagerado tecnicismo que, en el fondo, los inhabilitaba como a la generación anterior.

Quienes les recibieron triunfal y cordialmente fueron los jóvenes, los cuales, apenas habían logrado la libertad de movimiento y tomado la dirección, habían comenzado por destruir todo el sistema de producción de seres humanos de laboratorio.

En lo sucesivo las parejas se unirían y tendrían sus hijos normalmente.

Y sin desdeñar los bienes de la mecanización, de la técnica, tomaban en sus manos las riendas de la producción, de la creatividad, de la actividad humana en la agricultura y la ganadería, aunque se ayudasen de máquinas, comenzando a suprimir asimismo la

producción de alimentos sintéticos y concentrados.

Según la propia Faga Olave reconoció, se respiraba en Draga otro aire mejor, no por diferente, sino por la cordialidad y el sentido altamente humano que había adquirido la convivencia.

Antes de partir los terrestres de la «Sid-EX 2013», tuvieron la satisfacción de asistir a una reunión entre «uro», «morbo» y «drago» en la que se llegó a un acuerdo que les permitiría convivir, cada cual con sus formas de vida, y con el decidido propósito de ayudarse unos a otros y de ir eliminando las barreras que entre ellos habían existido hasta entonces.

Pronto la gente joven de los diferentes pueblos habían comenzado a relacionarse entre sí. Lo cual prometía un futuro de parejas entre diferentes pueblos.

Y algo de ello tocó a los exploradores terrestres del espacio, ya que la «uro» Branca Uran y la «morbo» doctora Kara se quedaron en la astronave terrestre, convirtiéndose asimismo en exploradores del espacio, junto a Mark Singer y Mike Young, que las desposaron con gran alegría.

Actuaron de padrinos el comandante Bob Boulder y la oficial jefe del grupo de reconocimiento Elsa Patton.

Ambos, una vez la celebración de la consiguiente fiesta les permitió apartarse un poco del bullicio, se reunieron.

—¿Bailamos, Elsa?

—¿Me lo pide el comandante o el hombre?

—El hombre.

—Bueno. Para abrazarnos no necesitamos música Aunque la música tampoco va mal.

—Te necesito y pienso que hasta podríamos casarnos.

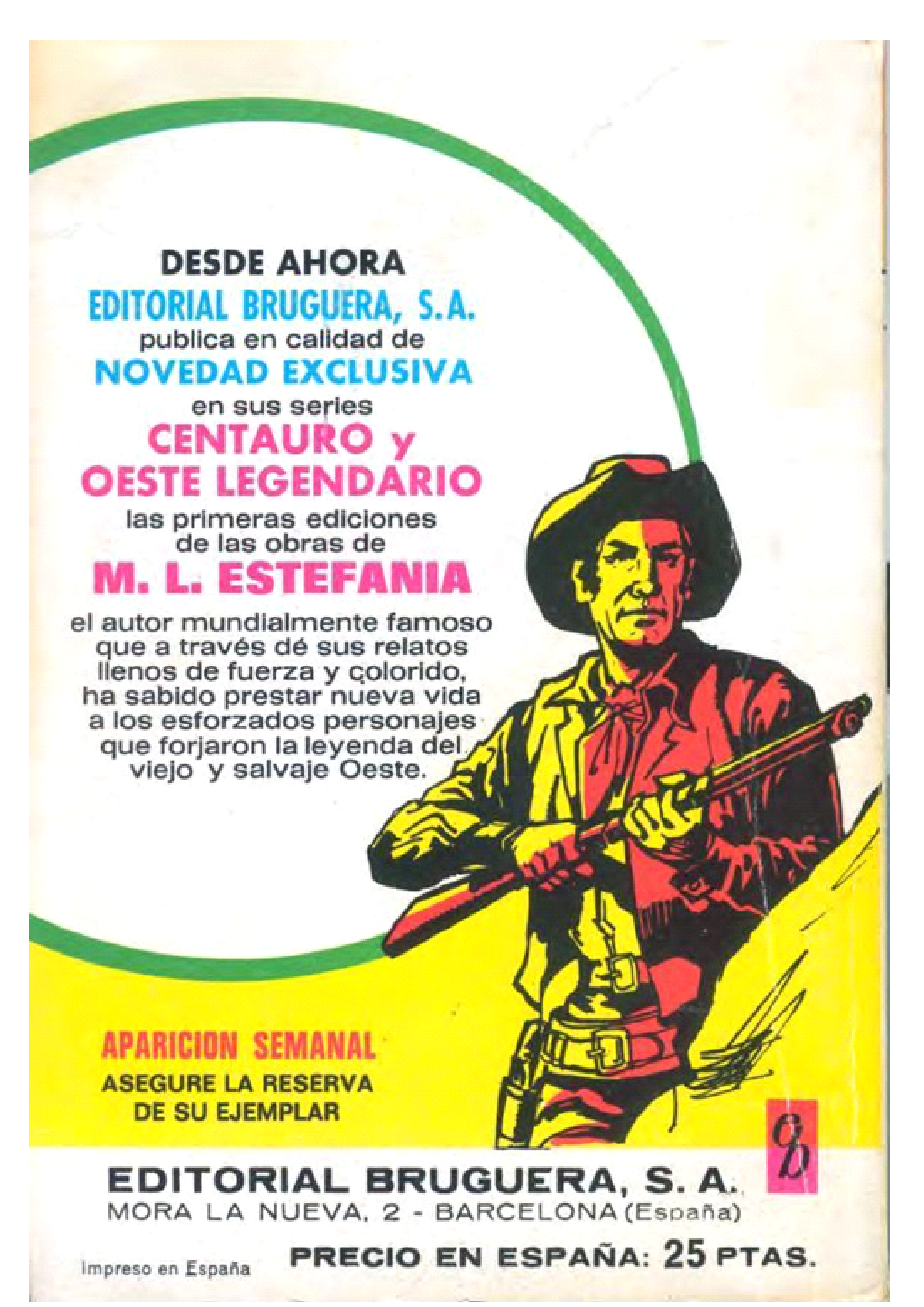
—¿Y para qué complicarnos la vida? Para querernos no se necesita el matrimonio… Aunque tampoco irá mal. Lo pensaré…

Se abrazaron estrechamente.

—Tienes una suave y delicada piel… —dijo Bob acariciando a la atractiva rubia.

—Ya era hora de que te fijases en ello.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.